

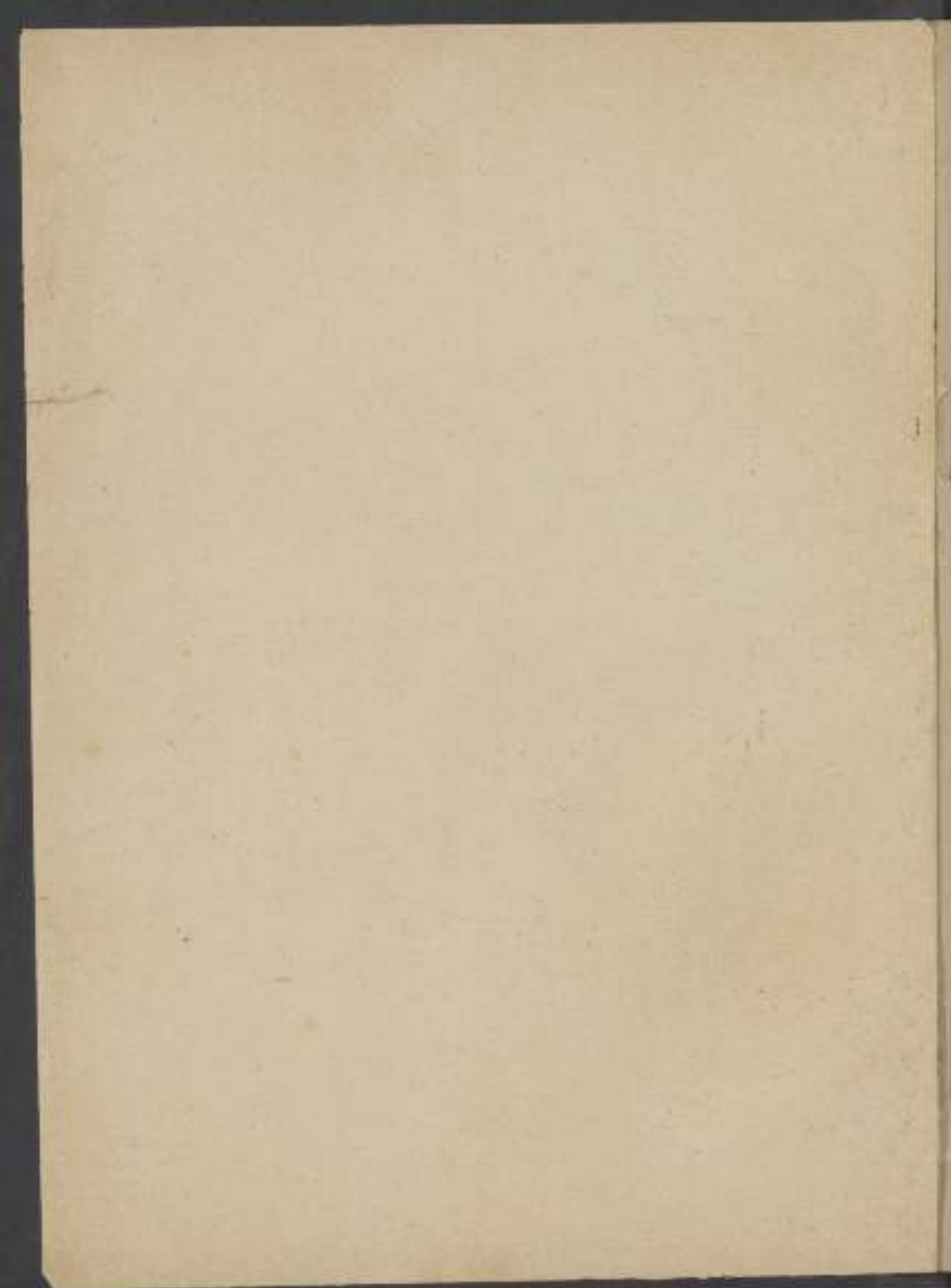


Amparito RIVELLES
Rafael DURAN

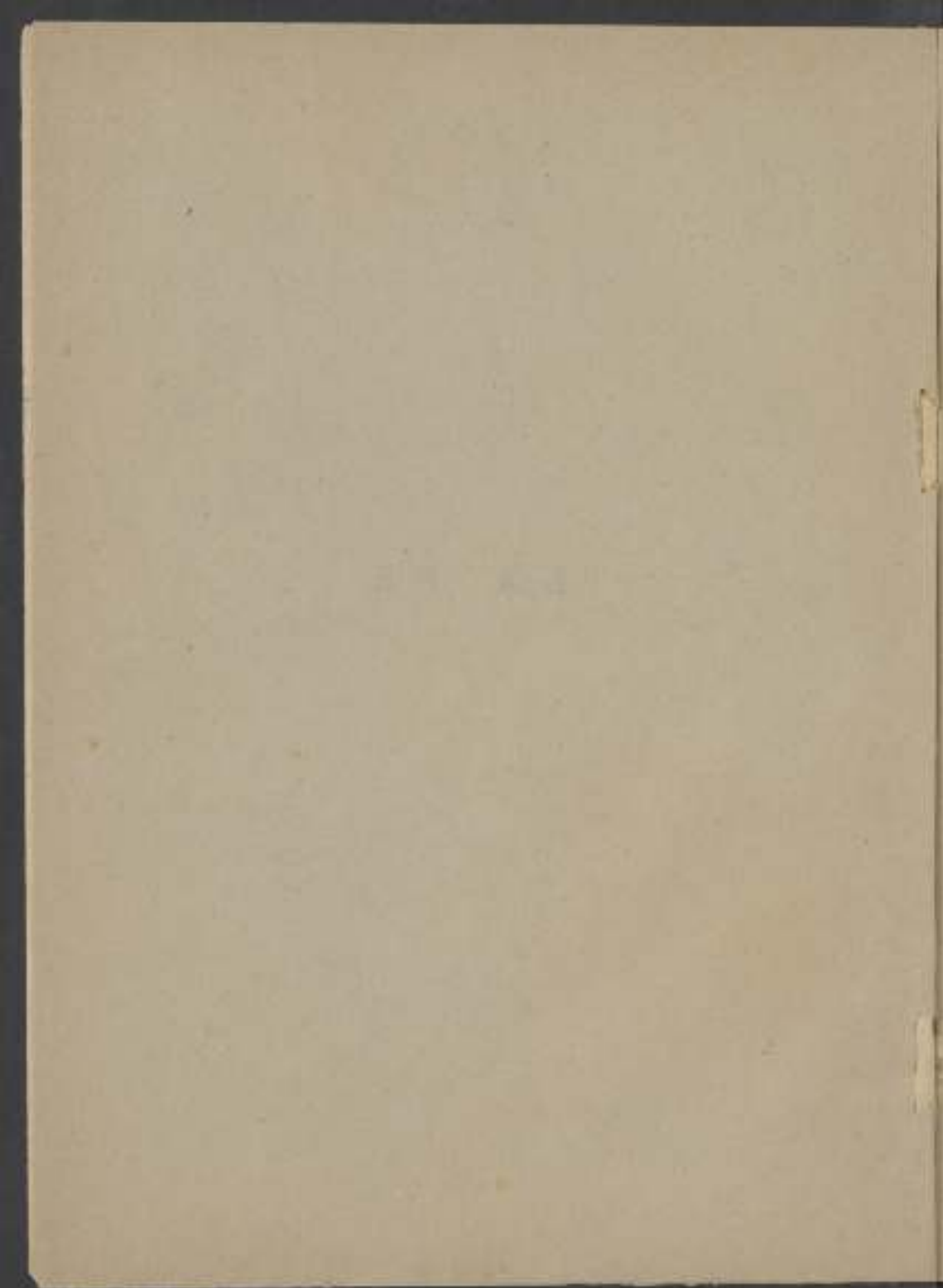


LA FE

Según la novela de ARMANDO PALACIO VAIDES.



L A F E



EDICIONES BISTAGNE

EDICIONES ESPECIALES
CINEMATOGRAFICAS

Pasaje de la Paz, 10 bis — Teléfono 18841 — Barcelona

LA FE

Según la novela de
ARMANDO PALACIO VALDÉS

Adaptación y dirección:

RAFAEL GIL

Producción:



FICHA TÉCNICA

Argumento: Armando Palacio Valdés. - Dirección: Rafael Gil
 Jefe de Producción: M. J. Goyanes. - Operador Jefe:
 Alfredo Fralle. - Decorador: Enrique Alarcón. - Maqui-
 llador: Wladimir Tourjansky. - Montador: Sara Ontañón
 Ayudante Dirección: José Luis Robles. - Ayudante
 Producción: Pedro L. Ramírez. - Secretario Estudio:
 Luis Berraquero. - Segundo Operador: César Fraile.
 Ayudante Cámara: Salvador Gil. - Peluquero: Francisco
 Puyol. - Accesorios: Francisco Luna. - Figurines: Manuel
 Comba. - Sastrería: Humberto Cornejo. - Foto Fija: Julio
 Ortas. - Laboratorios: Madrid Films. - Estudios: C. E. A.

FICHA ARTÍSTICA:

Marta	Amparito Riveilles
Padre Luis.	Rafael Durán
Padre Miguel	Juan Espantaleón
Montesinos	Guillermo Marín
Josefa.	Camino Garrigó
Osuna	Fernando Fdez. de Córdoba
Padre Restituto.	Germán Campos
Ramiro	Arturo Marín
Don Martín	José Prada
Doña Eloísa	Carmen Sánchez
Don Pelegrín	Felix Fernández
Don Juan	Manuel Guitián
Doña Teodora	Julia Lajos
Presidente	Julio Alymán
Don Narciso	Julio Infesta
Secretario	José Franco
Sacristán	Fernando Aguirre
Cochero	Casimiro Hurtado
Posadera	Irene Caba Alba
Doña Filomena.	Carmen Ortega
Doña Rita	María Victorero
Gaspar Silva	Juan Vázquez
Médico	Manuel Arbó
Defensor	Manuel Aguilera
Acusador	Manuel Alcón

PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN

Argumento narrado por
 Ediciones Bistagne

LA FE

ARGUMENTO DE LA PELICULA

Todo el pueblo en masa había acudido a la solemne ceremonia. Luis Lastra cantaba su primera misa, y aquel acontecimiento había conmovido no sólo a las gentes del diminuto, sencillo y recoleto pueblecito costero, donde la ceremonia tenía lugar, sino también a las de los más apartados caseríos, empinados en la montaña y que casi no llegaba hasta ellos el olor del mar.

El templo desbordaba de una multitud emocionada y recogida que seguía con ojos ingenuos y corazón palpitante el rito religioso en el que Luis se consagraba a Dios, después de haber estudiado brillantemente su carrera en el seminario de la provincia.

Todos conocían a Luis. Le conocían desde que no levantaba del suelo más que unos palmos, cuando doña Rita, la señora del lugar, le había recogido piadosamente en su

casa, después de una espantosa noche de galerna que había dejado huérfano y sin amparo alguno al chiquitín. Doña Rita le había educado y le había costado la carrera y sentía la íntima satisfacción del solemne coronamiento de su obra de misericordia, actuando de madrina en el momento de la consagración del nuevo sacerdote.

Repicaban a gloria las campanas mientras el ungido elevaba entre sus manos un poco temblorosas por la magna emoción del momento sublime, la Hostia Santa, símbolo supremo de la Fe cristiana.

Había lágrimas en todos los ojos y honda emoción en todos los pechos. Doña Rita se esforzaba por contener su llanto, y hasta los dos sacerdotes que servían de acólitos al padre Luis estaban turbados como dos niños.

Cuando terminó la misa la gente

se precipitó a besar la mano del nuevo siervo de Dios, y apurado se vió el padre Miguel, párroco del pueblo, a poner orden en toda aquella algarabía.

—¡Calma... calma... primero la madrina!... ¡Paciencia! Si hay sitio para todos... No empuje usted, señora, ¿no ve que va un niño delante? Todos podrán besar la mano al padre Luis... Calma... calma...

Pero ni aun las palabras del viejo párroco contenían a la multitud, ansiosa de rendir su felicitación al padre Luis, al que todos conocían y estimaban y por el que todos habían sentido gran compasión hacía unos años, cuando se quedó solo y sin más amparo que la ayuda de Dios. La ayuda de Dios que había sido con él pródiga y palpablemente demostrada.

Cuando consiguieron salir de la Iglesia, terminada por completo toda la ceremonia, y volver a la casa, el padre Miguel dió un suspiro de satisfacción. No le gustaba la exhibición. Amaba la paz de su parroquia y se sentía dichosísimo entre las paredes de su casa, una casa limpia, aseada, alegre, que daba frente al mar y que estaba primorosamente cuidada por la buena mujer que venía prestándole sus servicios desde que ocupó el cargo de párroco, hacía ya tantos años que

casi ni se acordaba de cuándo fué una buena mujer trabajadora y activa, que sólo contaba con un pequeño defecto: el ser un poco cascarrabias y exigente en las meticulosidades propias del hogar. Pero el padre Miguel estaba ya acostumbrado a aquellas exigencias y, por otra parte, tampoco él tenía un genio de mieles, de suerte que quedaba compensado, imponiendo sus gritos a los de Josefa.

—¡Por fin! ¡Ya era hora! —exclamó ésta cuando salió a abrirle la puerta— El chocolate está como el engrudo...

—No será el primer día que te ha salido así —replicó el padre Miguel, colgando de la percha su manto y su sombrero de teja.

—Se empeñó doña Eloísa en obsequiarnos —se disculpó el nuevo coadjutor—. Tenía preparado un gran desayuno... Siento que haya trabajado inútilmente.

—¿De verdad no quieren tomar nada? —insistió Josefa, ya más conciliadora.

—¿No oyes que hemos desayunado? —replicó el padre Miguel, sin hacer caso de la mujer y hablando de nuevo con el joven sacerdote, que desde aquel día le ayudaría en el desempeño de sus funciones en la parroquia—. Usted no conoce la

casa, ¿verdad? Voy a enseñarle su habitación...

—Mi madrina quiere que viva en su casa como siempre que venía del seminario en vacaciones.

—Todos los coadjutores que he tenido vivieron aquí conmigo —dijo el padre Miguel en un tono que no daba lugar a réplicas—. El servicio de la iglesia está así mejor atendido.

—Entonces comprendo que mi deber es quedarme —asintió el padre Luis en tono sumiso y humilde.

Habían llegado, mientras hablaban, hasta la habitación destinada al coadjutor, y el padre Miguel, abriendo la puerta con un fuerte empuje, se la mostró con aquel aire campechano y decidido que le daba aspecto de hombre un poco rudo, pero tras el que se ocultaba un corazón sensible y bueno como pocos.

—Esta es su habitación. El cuarto, como ve, es modesto, pero no peor que el mío. Es este de al lado. Venga... ¿Ve? Aun es un poco más reducido, pero hace muchos años que vivo en él y me siento muy feliz. Es casi igual que el de usted, salvo una pequeña diferencia —añadió el padre Miguel con un guiño expresivo, adelantándose hasta la cama, y sacando de debajo la almohada dos enormes pistole-

nes que exhibió con orgullo—: ¡Esto!

—¡Por Dios! —exclamó el padre Luis asustado—. ¡Armas en las manos de un sacerdote!

—Las conservo desde la guerra carlista. ¿Sabía que estuve con Zumalacárregui? —preguntó con los ojos centelleantes al recuerdo de aquellos tiempos en que él tenía todo el vigor de una extrema juventud y en los que luchó denodadamente por la causa de la Religión.

—No... no lo sabía... Pero hace tanto tiempo que la guerra acabó...

—Sí, hace mucho tiempo; pero los enemigos de la religión no descansan ¡Pero que se atrevan con el cura!... ¡Que se atrevan con el cura de Peñascosa! —exclamó el padre Miguel, agitando las pistolas en actitud amenazadora y con una decisión y una bravura que desconcertaron al joven y tímido sacerdote recién llegado.

—Realmente... todo esto me desconcierta un poco... —murmuró el padre Luis.

—Esto no tiene ninguna importancia —replicó el párroco, volviendo a guardar las armas bajo la almohada, como si fuera lo más lógico del mundo—. Hoy querrá usted dedicar el día a la oración, como es muy natural.

—Ese es mi propósito.

—Pero no olvide que nuestra vida no es sólo eso... ¡Es también apostolado, acción!

—Espero que no tendrá queja de su nuevo coadjutor —afirmó el padre Luis con humilde tono, dispuesto a cumplir todo cuanto le ordenara su superior, de cuyas virtudes y celo parroquial tenía pleno conocimiento.

—Y hay que tener un sentido práctico del sacerdocio —continuó diciendo el padre Miguel sin hacer gran caso de la interrupción de su joven coadjutor—. ¿Conoce usted a Marcellino, el hijo de Cosme?

—Perfectamente.

—Perdió a la hija de Laurana, la tejedora... ¡y luego no quería casarse con ella!

—Creo que si se le hablase al corazón... —murmuró el padre Luis.

—¡Papanatadas! —exclamó el padre Miguel—. Fui a casa de Marcellino y le di tres bofetadas de cuello vuelto... El martes les caso, ¿qué le parece?

—Es un caso de moral que... —bailució el pobre coadjutor, sin saber qué contestar y cada vez más desconcertado por aquel hombrón que tenía ante él y que parecía dispuesto a tragarse la tierra con tal de hacer cumplir con los preceptos cristianos.

—...que no lo ha visto en los libros de texto, ¿verdad?—concluyó el padre Miguel, comprendiendo bien el desconcierto de su compañero— La vida tiene problemas que no están en los libros... Bueno, a otra cosa... Desde mañana la misa del alba le corresponde a usted. Muy temprano. Ya sabe que los pescadores no esperan al sol para hacerse a la mar.

—Mi padre era pescador, y un día de galerna no volvió...

—Lo sé, lo sé...

Josefa, el ama, vino a interrumpirles, jadeante e impresionada:

—Señor cura... ¡Señor cura! —llamó, subiendo las escaleras con toda la precipitación que le permitían sus años.

—¿Qué diablos... (¡Dios me perdone!) pasa? —preguntó el padre Miguel, que no había logrado corregirse nunca de aquella costumbre inveterada en él de invocar al diablo cuando algo le molestaba.

—Sindo, el del caserío, se está muriendo y su hijo viene a pedir los Santos Oleos.

El padre Miguel hizo una leve pausa. Le impresionaba siempre la muerte de sus feligreses y conocía toda la grandesa de la misión del sacerdote en aquellos momentos supremos de la angustia de la última agonía. Le gustaba asistir a los su-

yos en aquel último momento; pero comprendió que no era él el llamado a acudir en auxilio del moribundo. Se volvió al padre Luis y le dijo, serio y reconcentrado:

—Vaya usted. Su ministerio comienza con una sublime misión. Ninguna acción de gracias es tan grata al Señor, como la salvación de un alma. ¿Que El le bendiga!

—Y a usted le conserve en su gracia, padre —replicó el padre Luis, recibiendo con la cabeza inclinada la bendición del párroco.

Así comenzó su misión sagrada. Atendió a los moribundos, bautizó a los neófitos, administró el sacramento del matrimonio y el de la penitencia, acudió donde hubo una necesidad y estuvo al lado de los feligreses de la parroquia en sus penas y en sus alegrías, mostrándose siempre bueno, humilde, sacrificado, abnegado, sin pensar jamás en sí mismo y entregado por entero al bien de los demás.

También se dedicó a la enseñanza. El maestro de la escuela le llamó para que diera clase de religión a los arrapiazos que a ella acudían. Eran unos chiquillos incorregibles y endiablados, según el maestro, aunque al padre Luis le parecieron, desde el primer momento, unos grandes angelitos. No podía avenirse al trato que se les daba en

la escuela. Eran niños y, como tales, llevaban todos el germen de lo bueno y de lo malo; para educarlos y llevarles por el camino recto de Dios era preciso despertar en ellos todo lo bueno y hacerles olvidar de lo malo que la naturaleza lleva eternamente inherente a ella.

El maestro lo presentó a los niños con palabras sinceras.

—Este sacerdote —dijo, cuando hubo logrado que se restableciera el silencio en la clase, silencio que alteraba cualquier circunstancia— es don Luis Lastra, nuevo coadjutor de la parroquia, que os dará desde hoy la clase de religión. Aprended de él; era huérfano, humilde, pobre como vosotros mismos y hoy ya le veis elevado...

—Por favor —suplicó el padre Luis, molesto—, no me afabe, señor maestro...

—Bien, aquí le dejo con ellos. Veremos el partido que saca de estos diablillos. A mí me vuelven loco.

El maestro le cedió su sitio, disponiéndose a salir de la clase, y el padre Luis se sentó en la tarima, frente a su mesa. Pasó una mirada cariñosa y afable por toda la clase, se dio cuenta de quiénes tenía ante él, y les dijo, sonriéndoles como si fueran ya amigos y

compañeros de juegos desde hacia mucho tiempo:

—Veo que tenéis la cara de pillos... por lo cual vamos a entendernos muy bien y seremos muy buenos amigos. Vamos a ver... ¿Quién sabe quién es Dios?

Levantaron los niños la mano unánimemente, con ahusa de contestar cada uno a aquella pregunta que conocían bien y que tenían admirablemente inculcada en su imaginación. Una de las manecitas que se agitaban con más ansiedad era una que salía por el lado del enorme globo terráqueo que había a un lado del aula para enseñar a los niños las más elementales nociones de geografía.

—¿De quién es aquella mano que sale detrás de la esfera? —inquirió el Padre Luis.

—De un verdadero demonio. Le tengo de rodillas castigado... Hay dos o tres que no puedo con ellos —explicó el maestro, ya desde el umbral de la puerta—. Este se pasa el día detrás del globo con los brazos en cruz.

—Hoy quisiera que lo perdonase —suplicó el padre Luis—. Mi primera lección ha de ser alegre, sin castigos... ¿Por qué de rodillas y brazos en cruz? Esta es actitud de oración y no de castigo. Así les enseñaré yo a estar cuando quieran

pedir a Dios con toda su alma... Y vamos con la primera pregunta. Supongo que todos sabéis quién es Dios.

Los chicos, a coro, recitaron la respuesta con una entonación monótona y tenaz:

—Un Señor infinitamente bueno, sabio, poderoso, principio y fin de todas las cosas...

Su primera lección fué también su primer triunfo en el corazón de los chiquillos. Les enseñó no sólo a amar a Dios, sino también a aceptar las penas de la vida con alegría. Les hizo olvidar que eran pobres y que estaban casi abandonados a sus propias fuerzas, porque todos eran hijos del mar, del mar que se tragaba cada año a unos cuantos hombres en sus terribles tempestades, del mar que cuando desencadenaba sobre él una galerna, dejaba despiadadamente a unos chiquillos sin padre y un hogar sin el necesario sustento.

El padre Luis les enseñó a jugar y a reír. Jugaba con ellos a los bollos, les llevaba a pascos, estaba muchas horas con ellos, todas las que podía, recordando la divina Palabra: "Dejad que los niños vengan a Mí..."

Intervenía en sus discusiones y conseguía que de nuevo volvieran a sonreír los rostros huraños; no

dejaba que prevaleciera la injusticia: luchaba contra el mal instinto de apoderarse de lo que era de los demás; dedicaba, en fin, todo su esfuerzo para hacer de aquellos niños hombres nobles y justos, fuertes para los embates de la vida y con una sólida fe en sus corazones que les pusiera al margen de las maldades humanas.

Un día vió que Cholín, uno de los arrapiezos que según el maestro eran más empedernidos y que él había conseguido hacer cambiar radicalmente a fuerza de cariño, se quedaba a un lado del patio, sin querer jugar, después de haber intentado robar una manzana a un amiguito suyo con el que entabía lucha a puñetazo limpio, lucha que el padre Luis había calmado, logrando que la manzana volviera a su verdadero dueño.

Se acercó a Cholín el sacerdote, le acarició la frente y le preguntó:

—¿Qué pasa, Cholín? ¿Por qué no vienes a jugar? Voy a creer que eres rencoroso y que te arrepientes de haber devuelto la manzana.

—No es por eso, padre, es que...

—Calmó Cholín a punto de romper en amargo llanto, mientras abrazaba a otro niño más chiquito que él que estaba a su lado.

—¿Es tu hermanito? ¿Por qué

no jugáis con los demás niños? —inquirió el padre Luis.

—Mire usted... yo le cogí la manzana porque éste tiene hambre —explicó Cholín, haciendo esfuerzos inauditos por no llorar.

—¿Y vuestro padre?

—Era pescador y se abogó. Y la madre va a trabajar y hasta la noche no comemos nada.

—Yo os comprendo bien. ¡Pobrecillos! —murmuró el sacerdote, emocionado, recordando su propia infancia—. Pero quiero veros alegres. Todo se arreglará. Vamos a jugar...

Consiguieron que le siguieran y se enfrascaron de nuevo en el juego de bolos.

En la casa parroquial, el padre Miguel, paseándose nervioso, llamaba:

—¡Josefa! ¿Qué hora es?

—Las doce y cuarto, señor.

—¿Y qué haré con cien mil demonios (¡Dios me perdone!) este hombre que no viene a comer?

—Habrá tenido que... —quiso disculpar el ama.

Pero el padre Miguel no le dió tiempo, porque siguió lamentándose:

—Lo primero que tenía que hacer es respetar el orden de la casa rectoral. ¡Hummm! ¡Curas jóvenes! Muy cultos, muy piadosos... y muy

poco disciplinados.. Aquí siempre se ha comido al toque de Angelus y...

Había sonado la campana de la puerta, acudió Josefa a abrir y apareció el padre Luis con dos arrapiezos que entraban recelosos, mirando a todas partes como si tuvieran miedo.

—Pasad sin temor... vamos... — les alentó el padre Luis—. ¿Me esperarían a comer, eh? —añadió, dirigiéndose al padre Miguel que le dirigía las más expresivas y descontentas miradas de su repertorio—. Hoy traigo invitados.

—¡Dios nos asista! —exclamó Josefa, pensando en la escasez de comida que había para tanta gente.

—¡Lo que nos faltaba! —añadió el padre Miguel dando un respingo de mal humor—. Eramos pocos y... Padre Luis, podía usted suponer que no hay más comida preparada que la de nosotros dos.

—Pero... ¡son tan chicos! —arguyó el padre Luis, queriendo lograr la gracia del párroco.

—Padre, el día que quiera hacer caridad, avise con tiempo, por lo menos —advirtió el padre Miguel, sentándose a la mesa.

—Así lo haré. Por hoy creo que mi ración será suficiente para ellos. Venid, tú, Cholín, siéntate aquí y tú a mi lado, pequeño...

El padre Miguel bendijo la mesa, se sirvió la sopa y esperó un momento para ver qué pasaba. El padre Luis repartió entre dos platos la ración que a él le correspondía, la dió a los niños y les decía, sin dar importancia a su acto, como si él no tuviera necesidad ninguna de comer:

—Id despacito... no vayáis a quemaros... ¡Qué rica está la sopa! ¿verdad?

Los niños devoraban el caldo con verdadero hambre y el padre Luis sonreía al pensar que era él quien saciaba aquella perentoria necesidad de los pequeños. Pero el padre Miguel, que no había aún comenzado a probar su sopa, resueltamente y sin previo aviso, dando un fuerte respingo, exclamó:

—¡Porra! ¡Si hemos de pasar hambre la repartiremos por partes iguales! ¡Venga su plato! —y volcó en el plato del padre Luis la mitad de su ración, sin hacer caso de las protestas de éste—. ¡Hum! ¡Crios! ¡Crios! —seguía rezongando—. ¡Ya os daría yo a Hérodes! ¡Josefa! —llamó con su voz de trueno—. Vete a casa del señor Juez y pídele unas ropchas de jamón... ya se lo devolveremos cuando lo tengamos... Estos chicos necesitan algo sólido.

El padre Luis miró con emocionada gratitud al viejo sacerdote, que comenzaba a engullir su sopa mientras no apartaba su mirada de los hambrientos niños y rezongaba en voz baja:

—¡Y que no se dan prisa los angelitos!

* * *

Una tarde en que el padre Luis había estado mucho rato en el confesonario administrando a los fieles el santo sacramento de la penitencia, cuando salió, después de terminada su misión, vió a una señora caída en el suelo, al pie de una de las columnas del templo, como si estuviera muerta o desmayada.

Corrió a ella y la llamó, inclinándose para ver qué era lo que le pasaba:

—¡Señora! ¡Señora! ¿Qué le sucede? ¿Se siente usted mal?

A las voces del padre Luis acudió el sacristán mayor:

—¿Qué pasa, padre? —preguntó.

—Esta señorita debe estar enferma.

Se inclinó el sacristán y sacudió a la desvanecida suavemente, llamándola repletamente:

—Señorita, señorita, señorita...

Abrió la joven sus ojos un poco turbios aún por el mareo sufrido y dió un hondo suspiro.

—Ya vuelve en sí... Yo la ayudaré a levantarse —dijo el sacristán, cogiéndola por la cintura y ayudándola a ponerse en pie.

—Vamos a la sacristía para que descanse —dijo el padre Luis.

Allí la condujeron y la hicieron sentar. Era una muchacha muy bella, vestida con elegante sencillez y tocada con mantilla. Estaba muy pálida y parecía no darse aún cuenta exacta de lo que pasaba a su alrededor.

—Gracias... —balbució, después de unos momentos de estar ya sentada y encontrarse más animada— Perdonen... No sé cómo...

—Vamos, no se preocupe. ¿Quiere que llamemos a un médico? ¿Debería tomar algo? ¿Un poco de vino? —ofreció el padre Luis, solícito.

—No, no... gracias... Por favor, deme un vaso de agua... Alguna vez me sucede esto. De repente me siento mal...

La muchacha bebió unos sorbos del agua que el sacristán le ofrecía y se puso en pie.

—¿Se encuentra mejor? —preguntó el padre Luis, inquieto por la palidez de la joven.

—Sí; mucho mejor... No debo resistir bien los ayunos —explicó ella, mirando fijamente al sacerdote.

—Quizá los lleve usted con demasiado rigor —replicó éste, que permanecía con su mirada baja, sumisa, humilde, apartada de todas las cosas mundanas y reconcentrada en su alma entregada a Dios.

—Todo me parece poco para mortificarme —dijo ella, bajando los párpados en actitud humilde.

—Sin embargo, no es prudente una penitencia que compromete la salud —advirtió el padre Luis, como si hablara a través de la reja del confesionario— Creo que to-

mar ahora algún alimento le hará mucho bien.

—Seguiré su consejo, padre... Perdoneme la molestia que le he causado...

—¿Se va usted ya? ¿Quiere que la acompañe Santos? —preguntó el coadjutor, refiriéndose al sacristán.

—No... no hace falta... gracias... Realmente ya me encuentro bien. Disculpeme, padre.

Se encaminó hacia la puerta y desapareció por ella con un paso demasiado firme después de un desmayo. Pero el padre Luis se entregó a sus habituales quehaceres sin dar mayor importancia a aquel pequeño incidente. El desmayo de una mujer en las horas de la mañana era cosa corriente entre naturalezas flojas que resisten mal el ayuno.

—Dime, Santos, ¿a qué hora ha decidido el padre Miguel celebrar la novena del Rosario? —preguntó, mientras guardaba la estola y el zoquete que lleva puestas todavía.

—A las seis tocaré el primer toque.

—¿Está en orden el altar?

—Doña Eloísa lo ha arreglado con esmero. Por cierto quería tres velas más y...

—Está bien —interrumpió el padre Luis, que no gustaba de los

chismorreos de la parroquia—. Yo voy ahora a casa. Hay que celebrar su cumpleaños. Si algo urgente sucede, allí puedes buscarme —dijo. Y cuando el padre Luis decía "a casa", se refería siempre a la de su madrina, doña Eloísa, que había sido la suya desde que quedó huérfano.

Allí se había reunido lo mejor del pueblo para festejar a la homenajeada, y doña Eloísa, sonriente, dichosa, satisfecha de verse tan atendida por todos sus amigos, y amigos suyos lo eran todos los del pueblo, porque no había corazón más noble y generoso que el suyo, hizo servir el pastel de cumpleaños, que era ya monumental, como correspondía a su edad y alcurnia.

—El primer trozo para mí ahijado —dijo, entregándolo al padre Luis—. Aunque él ha olvidado ya esta casa, nosotros no le olvidamos jamás.

—¡Por Dios, madrina, no diga esto! Bien sabe que no soy ingrato. Pero materialmente me falta tiempo.

—¿De verdad? —preguntó don Martín, el juez y esposo de doña Eloísa—. Yo creo que es el padre Miguel quien no le deja salir de casa.

—No, señor, no; no es eso —pro-

testó el padre Luis, que veneraba al anciano sacerdote a pesar de su disparidad de carácter y de criterio.

—Ya sabemos que trabaja demasiado. ¡Tanto tiempo de confesionario! Y luego los enfermos... y la colecta para la nueva iglesia...

Doña Eloísa dejó la conversación para ir sirviendo el pastel a todos sus invitados. Se lo habían hecho, como todos los años, las Oblatas, y era una cosa exquisita.

El padre Luis se quedó un poco en segundo término. Había acudido a la fiesta por complacer a su madrina, a la que todo se lo debía, pero no le gustaban aquellas fiestas mundanas, porque era algo que le separaba de Dios, y él no quería más que estar al servicio de Él, al que se había consagrado por entero. Y mucho menos le gustaban aún porque siempre en ellas había alguien que intentaba adularle o apartarle del sendero de la humildad y de la virtud. Aquella tarde fué doña Rita la que se acercó a él viéndole solo y le dijo:

—No es adulación, padre Luis, es la pura verdad. Ya podría el padre Miguel aprender el tacto y la comprensión que usted tiene con los penitentes.

—Pues yo admiro al padre Miguel porque tiene un gran corazón.

y sus penitentes aseguran que es un gran confesor. En muchas cosas procuro seguir su ejemplo —aseguró el padre Luis, que en realidad sentía una gran admiración por el párroco.

—Yo creía que... —quiso insistir doña Rita.

El padre Luis atajó rápidamente:

—Perdón... tengo algo que comunicar al padre Narciso —dijo, y se acercó a la mesa en donde el padre Narciso se entretenía jugando a cartas con unos amigos.

—Padre Narciso, tengo una buena noticia que darle —dijo el padre Luis—. La Diputación está dispuesta a contribuir a las obras de la nueva iglesia...

—No esperaba otra cosa... —replicó el interpelado que estaba muy atento a su juego y que exclamó de pronto, olvidándose de lo que su compañero le acababa de decir—: ¡Hombre... lo que tampoco podía esperar es que el señor juez tuviera el caballo!...

—También me lo ha concedido la Diputación —replicó el juez, riendo satisfecho de la buena jugada que acababa de hacer.

Doña Eloísa llamó a su ahijado para presentarle a dos nuevos personajes que acababan de llegar:

—Quiero presentarle al señor

Osuna y su hija Marta... Marta ha dado una gran limosna para la nueva iglesia —dijo, doña Eloísa. Y añadió, presentando a su ahijado— El padre Luis, nuestro nuevo coadjutor.

—He oído ponderar su talento... —dijo el de Osuna, estrechando la mano del padre.

—Es usted muy amable —replicó éste y, volviéndose a la joven que acompañaba al señor de Osuna, la miró sorprendido y añadió— Creo que nosotros...

—Mucho gusto —se limitó a decir Marta en tono seco, dando a entender que no le interesaba ser reconocida en aquel momento, porque el padre Luis había reconocido en ella a la joven que aquella mañana se había desmayado en la iglesia y a la que él y Santos habían atendido en la sacristía.

—Tenía mucho interés en que se conocieran ustedes —dijo doña Eloísa, salvando con ello la violencia del momento—, porque Marta es una entusiasta de la construcción del nuevo templo.

—En la ayuda de todos los fieles confío, pues pocas son mis fuerzas para empresa tan grande —dijo el padre Luis, sin abandonar nunca su tono comedido, humilde y sincero.

—Tan grande y tan necesaria para hacer llegar la voz de Dios a

los que no quieren escucharla —añadió don Martín.

—Lo malo es que esos no van a la iglesia —agregó el señor de Osuna, mirando significativamente a doña Eloisa.

Dió ésta un suspiro contenido y murmuró, sin quererse ofender, pero molesta por la alusión:

—¡Ya salió a relucir mi pobre hermano... pero yo sé que es bueno y que tiene una gran inteligencia!

—No le conozco —comentó el padre Luis.

—Porque él ha vivido lejos del pueblo casi siempre... Aun no hace un año que está instalado aquí. Cuando le trate será usted de mi misma opinión.

—Si es bueno y tan inteligente como tú dices —añadió don Martín—, ¿por qué rechaza las verdades de nuestra religión?

—Señor juez —dijo el padre Luis, saliendo en defensa del incrédulo—, los grandes heresiarcas fueron hombres de talento. Si no fuese así no habría podido perder tantas almas...

—Cuando la desgracia se ceba en nosotros, hay motivo para todo —añadió el señor de Osuna, que conocía bien la historia del hermano de doña Eloisa—. ¿Usted cree que Dios escucha a los desgraciados?

—¿Por qué dudar de ello? El su-

frimiento es siempre un buen camino para llegar a la verdad eterna... "Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados". El dolor es lo que más nos une a Dios. Pero... ¿tan desgraciado es don Alvaro? —inquirió el padre Luis, que ya había formado en su espíritu el propósito firme de intentar la curación de aquella alma enferma.

—La vida le maltrató mucho —explicó a doña Eloisa, que amaba a su hermano y encontraba disculpa a sus errores—. Nuestra infancia fué triste; su juventud enfermiza; y después... una mujer...

—¡Pudo volver su esperanza a Dios! —exclamó el padre Luis.

—Pues al contrario... ha vuelto contra El toda su amargura...

—¿Y para qué estamos nosotros, humildes e indignos siervos de Dios, sino para contrarrestar su error y mostrarle el lado bueno de la humanidad? ¿Qué corazón no se conmueve ante las palabras Divinas del Crucificado, ante su resignación y su infinita bondad, perdonando a los que más le ofendieron?

La idea de que había en el pueblo un alma que sufría, y que sufría sin consuelo alguno, porque no tenía su fe puesta en Dios ni creía en las verdades eternas, único con-

tuvo de los dolores humanos, preocupó grandemente al padre Luis. Sabía que don Alvaro vivía en un caserón enorme, sombrío y silencioso, dedicado por entero a la lectura y al estudio y acompañado únicamente de un viejo criado que le había visto nacer y que tenía por él la fidelidad de un perro viejo.

—Hay que demostrarle que no todo es malo en el mundo... que también hay caridad en la tierra... que no está solo en su dolor —se decía a sí mismo.

Comunicó su preocupación al padre Miguel, para el que no tenía secretos. El padre Miguel no era sólo su superior, sino su mejor amigo y consejero. Tenía, aparte de su infinita bondad, la experiencia de sus años, y el padre Luis le confiaba sus más recónditas preocupaciones.

—Hay algo que me preocupa constantemente y sobre lo cual deseo que me aconseje —le dijo—. ¿Usted conoce bien a don Alvaro Montesinos?

—¡Vade retro! —exclamó el padre Miguel en su tono destemplado y refunfuñón—. Es la oveja más negra de mi feligresía.

—Su hermana lo presenta como un perfecto caballero... un hombre de buen fondo.

—Yo sólo sé que blasfema de palabra y de obra.

—¿Y no será un desdichado a quien las penas han llenado el corazón de hiel? —preguntó el padre Luis con mansedumbre.

—¡Papanatades! —afirmó el padre Miguel, con aquella su ruda confianza.

—Yo no me atrevo a calificar así los extravíos de una conciencia... Con la ayuda de Dios intentaré terminar con el escándalo de esa impiedad... Llegar hasta el ateo y polemizar con él, y amarlo... hasta convencer su inteligencia y su corazón...

—Personalmente creo que un buen garrote sería más eficaz, pero, en fin, si usted lo desea no ha de faltarle mi consejo.

—¡Glacias, padre. ¿Qué medios habría más humanos, más sinceros de acercarse a él?—inquirió el padre Luis.

El viejo párroco reflexionó un momento y luego contestó:

—Montesinos es generoso. Quizás le escuche si le pide limosna para los huérfanos de los peccadores que perecieron en la última galerna.

—¿Ve usted como no todo es malo en él?

—No... Justo es confesar que si nosotros no le estimamos, los ma-

sones de la villa le odian. Se burla de ellos, como de todos. ¡Es de una independencia salvaje!

—Es un detalle alentador. Le veré hoy mismo para pedir su limosna... ¡y Dios me ayudará!—exclamó el padre Luis, recogidamente, como si aquella sola frase fuera ya una oración encaminada a la salvación de un alma.

Aquella misma tarde fué al caserón donde vivía, recluso como en un claustro, Alvaro Montesinos, hombre de mediana edad, de aspecto enfermizo, rostro inteligente y mirada de fuego en la que centelleaba un espíritu inquieto y atormentado.

Recibió al nuevo coadjutor en su despacho, donde pasaba horas y horas leyendo a los clásicos y estudiando a los filósofos, y apenas hizo una inclinación cuando vió ante sí al sacerdote.

—Pase, pase... —le dijo, viendo que el padre Luis se mantenía en el umbral de la puerta.

Avanzó el padre hasta quedar frente a él, al otro lado de la mesa, y murmuró, sin timidez, pero con una grande e infinita dulzura:

—¿Cómo está usted, señor? Sé que recientemente ha estado enfermo y...

—Estoy mejor, gracias—atajó se-

camente el de Montesinos— ¿Qué desea?

El padre Luis se sentía sumamente desconcertado ante aquel hombre tan poco cordial y que le mostraba una franca hostilidad; pero reponiéndose y no olvidando la misión que a aquella casa le llevaba, explicó:

—Estará usted enterado de la desgracia que ha ocurrido en el mar. Unas cuantas familias han quedado sin más amparo que el del Cielo y las almas caritativas... Confío en su caridad me he tomado la libertad de venir a pedirle a usted una limosna por el amor de Dios.

Sin replicar, don Alvaro abrió un cajón de su mesa, sacó de él un buen puñado de monedas y las depositó en manos del sacerdote.

—Dios se lo pague—agradeció el padre Luis, comprendiendo que la actitud de don Alvaro era lo suficientemente elocuente para salir de la habitación sin esperar de él ni una sola palabra; pero el padre Luis no había ido sólo a conseguir una limosna para los huérfanos, sino para entrar en el fondo de un alma cerrada a todo consuelo humano y divino y conseguir despertar en ella lo que en ella no podía estar muerto, sino únicamente dormido.

—No me sorprende su gentrosidad—dijo, haciendo un esfuerzo por dominar su tímida creciente—. Su hermana me había hecho muchos elogios de usted.

—Supongo que a nadie más que a mi hermana habrá usted oído hacer elogios de mí—replicó don Alvaro con una sonrisa irónica y despectiva.

—En efecto... así es... Pero yo lo único que sé es que no he llamado en vano a su puerta y que los huérfanos bendecirán su nombre.

Don Alvaro se recostó en el respaldo del sillón, observó al joven sacerdote con aquella mirada suya penetrante y escudriñadora y contestó, sin abandonar nunca su tono irónico y burlón:

—Suponiendo que mi dinero sirva para que vivan esos huérfanos, no es gran favor el que les hago... ¡Vivir abrumados de trabajo y sufrimientos y una muerte aterradora, como la de sus padres... allá, entre las olas enfurecidas!

—Todo hombre tiene un destino que cumplir sobre la tierra—replicó el padre Luis con mansedumbre.

—Señor coadjutor—dijo don Alvaro en un tono seco y que no admitía réplica—, nuestra conversación, si se prolongase, podría convertirse en disputa, y yo no quiero ofenderla.

—Diga usted cuanto se le ocurra, señor... Mi deber es progonar la verdad, sin temer las ofensas.

Se sorprendió don Alvaro de la valentía de aquel sacerdote, que era casi un niño, le miró interesado y le dijo, gustoso ya de entablar con él una controversia:

—Entonces, lo mejor será que se sienta usted... Vamos a charlar un rato de esas verdades que dice usted debe progonar.

El padre Luis se sentó. La conversación entre los dos hombres iba tomando caracteres muy interesantes. Exponía don Alvaro sus ideas profanas y contestaba el padre Luis a todo con la calma que da una fe sólida y una creencia muy arraigada, procurando exponer claramente la doctrina del Evangelio, tan hermosa, tan confortadora para los que sufren, para los que lloran, para los abandonados, para los que sobre sí pesa toda la injusticia de los hombres.

Después de una larga discusión, el padre Luis, mirando compasivamente a don Alvaro, le dijo:

—Me sorprende que habiendo recibido usted una sólida religión cristiana, como su misma hermana que tan buena es, haya usted llegado a tal impiedad.

—Efectivamente — replicó don Alvaro, pensativo, rememorando re-

cuerdos dormidos en el fondo de su conciencia—, he recibido una educación cristiana... Mire usted—añadió, animándose, y dispuesto a hacer confidente de sus penas a aquel hombre que había sabido discutir con él sin enfadarse, sin refutarle con teorías pueriles sus ideas, sino exponiendo con calma tranquila y serena las grandes Verdades eternas—. Mire usted, yo he tenido un padre que a la más leve falta propia de mi edad, me imponía un castigo bárbaro, cruel. Si me dormía en el rosario, azotes... si corría por la casa, azotes... ¡Siempre azotes! Yo jamás vi sonreír a mi padre, pero él pasaba la mitad de su vida en la iglesia.

—¿Y va usted a achacar precisamente a su piedad todos los errores de su padre?—interrogó el padre Luis, tras una levisima pausa en la que meditó hondamente el horror de una infancia sin cariño y sin ternura.

—Así discurrió mi infancia y mi adolescencia—siguió diciendo don Alvaro—. Los únicos que no se me mostraban enemigos eran los libros, y empecé a devorarlos: Platón, Santo Tomás, Descartes, Fenelon... Lo leí todo, filósofos y ascetas fueron penetrando en mi espíritu... pero al entrar la luz de la ciencia en él, también se deslizó la duda...

¡Hasta de la existencia de Dios llegué a dudar! ¡Qué tormentos tan crueles me causó! Hasta que un día salté la barrera de la duda, me liberté de su tortura, para caer en el estepticismo de la incredulidad...

Vaciló un momento el padre Luis antes de contestar; pero luego, resueltamente, dijo:

—Usted me dispensará que le pregunte si en ese pesimismo tan desolador que usted profesa, no habrán influido nada los acontecimientos desgraciados de su vida.

—¡Ah... la eterna cantinela!—exclamó don Alvaro—. ¿Por qué he de resignarme a ser desgraciado, si pude ser feliz, como los demás mortales?

—¿Y qué hizo usted por merecer más piadoso trato de la misericordia divina? ¿Qué imploró? "Pedid y recibiréis", dice la palabra de Cristo. Y nunca desatiende al que le invoca con fe.

Don Alvaro contempló al joven cura con una mirada desdeñosa; se removió en su asiento, como si ya le resultara incómoda la presencia del sacerdote, y luego le dijo, sin ambages:

—Padre... desde que usted ha entrado por esa puerta, supe a lo que venía. No quiero discutir con usted, porque...

—...tiene usted miedo a mirar de

frente las verdades de la fe—concluyó el padre Luis, interrumpiéndole con valentía.

Con más pronunciado desdén, añadió don Alvaro:

—Ni Santo Tomás ni san Agustín me han convencido... por consiguiente no pretenda convencerme usted. ¡De su ciencia y de su fe yo me río a carcajadas!

Contuvo el padre Luis un gesto doloroso ante la inutilidad de sus palabras y de sus buenas intenciones, gesto que recogió el de Montesinos que, dulcificando un poco el tono, llevado de su educación y cortesía, dijo:

—Dispense usted si le he ofendido... Tengo mal carácter, me irritó con facilidad. Hasta la vista. Tiene usted aquí un amigo y una casa a su disposición... Perdóne que no le acompañe... Estoy aún convaleciente.

—Gracias, señor Montesinos... Hasta la vista — replicó el padre Luis.

Y salió a la calle. Iba con la cabeza baja, fijos los ojos en el suelo, y recordando palabra por palabra todo cuanto don Alvaro le había dicho. Era un alma enferma y era preciso curarla. Le parecía escuchar en sus oídos sus palabras amargas, duras, escépticas. Y estaba tan impresionado por aquel

choque con el incrédulo, que entró en la iglesia a buscar en Aquel que todo lo ve y todo lo sabe, fuerza para su debilidad, ayuda para su miseria.

—Señor, perdona a los que te ofenden... — murmuró, postrándose ante la imagen del Crucificado—. Y ayuda a este pobre siervo a devolver la fe a ese corazón que ha cegado y que no quiere ver.

El sacristán se acercó a él, interrumpiendo su rezo:

—Padre Luis, le esperan para confesar. Hay mucha gente.

Se levantó el sacerdote, fué a la sacristía para revestirse y marchó, con los ojos bajos y actitud recogida, hacia el confesonario. De todas las misiones que le imponía su ministerio era aquella la más difícil, pero a veces también la más consoladora, porque llegaban a él los que sufrían, los angustiados, los arrepentidos, los que necesitaban de su consuelo y del perdón que otorga el Dios de la misericordia infinita.

Confesó a buena cantidad de fieles y, entre las últimas señoras que esperaban turno, fué Marta Osuna la que se postró en el confesonario para hacer su confesión semanal.

—Padre—dijo la penitente, después de haber pronunciado su "Ave

María Purísima"—, he de acusarme de una discusión con mi padre. Le falté al respeto. ¡Quiere darme madrastra y no lo puedo consentir!

—Su obligación es mantener su punto de vista sin faltar a sus deberes de hija—aconsejó el sacerdote—. Debió usted reprimir su amor propio.

—Padre... usted no comprende que... — quiso excusarse Marta, que no gustaba de ser reprendida.

—Todo ministro del Señor comprende lo que es pecado, y eso hasta—replicó el padre Luis en tono de dulce severidad, porque no le gustaba mostrarse inflexible en el confesionario, pero tampoco quería ser tolerante.

—Sí, padre. Cuidaré de dominar el orgullo... Sobre todo hoy en que... casi me avergüenza decirlo... tuve como un desvanecimiento mientras estaba en oración.

—Le reitero una prudencia extremada en sus penitencias—aconsejó de nuevo el sacerdote, cuya misión era orientar a las almas en sus momentos de confusión o de extravío.

—No fué un desmayo, padre—dijo Marta con exaltación creciente, dejándose llevar de su temperamento apasionado—. Fué como una claridad interior... como una

música divina que me arrebatava mientras un hermoso ángel me ponía una mano sobre la frente y me decía: "¡Persevera...!"

—No dé importancia a esos momentos—dijo el padre Luis, muy serio, sin mirar a la penitente, comprendiendo que aquella alma necesitaba de una rigidez moral más fuerte que otras más sencillas y menos exaltadas—. El demonio sabe fingir éxtasis en los que se desliza la vanidad como un veneno por el alma.

—Es que estos momentos son cada vez más frecuentes... las visiones más intensas... ¿Por qué no he de creer que es la voz de Dios que me llama?

—Porque usted misma acaba de acusarse de que se rebeló contra su padre... Y el alma no puede llegar a ese estado de gracia divina si no ha logrado una perfecta humildad.

—Yo me humillaré, padre... Yo domaré los impulsos de mi orgullo... — replicó Marta, dispuesta a obedecer.

Y el padre Luis le dió la absolución, continuando en su ministerio sacerdotal con los nuevos fieles que iban a postrarse a sus plantas para recibir el santo sacramento de la penitencia.

* * *

Frecuentes fueron las visitas del coadjutor a la casa de don Alvaro Montesinos. Sabía el padre Luis que sólo con abnegación, constancia y prudencia conseguiría entrar en el alma del incrédulo y abrir en ella la fuente de la fe, obstruida únicamente por un cúmulo de ideas y de circunstancias que lentamente tendría que irle arrancando, sin que ni él mismo se diera cuenta.

Recibía don Alvaro con agrado al joven sacerdote, porque le gustaba hablar con él, exponerle las ideas y teorías de sus filósofos predilectos y discutir de todo cuanto en aquellos libros, que él leía y releía a todas horas, había influido en su conciencia y en su corazón, haciéndole olvidar por completo la verdadera religión aprendida en su infancia.

El padre Luis se encontraba muchas veces con la dificultad de no estar a la altura de la conversación de don Alvaro. El, como sacerdote, conocía todos los libros de teología; pero desconocía en absoluto

las heréticas doctrinas de los autores de los que don Alvaro le hablaba con entusiasmo. Por esta razón pidió consentimiento al señor obispo de la diócesis para poder leer alguno de aquellos libros prohibidos, exponiéndole las circunstancias que le llevaban a formular la petición y la esperanza que tenía de lograr, con la ayuda de Dios, volver a la verdad el alma extraviada.

Consintió el señor obispo en tal petición, habida cuenta de la finalidad noble y buena que había llevado a formularla, y pudo el padre Luis acudir a casa del de Montesinos a pedirle que le prestara alguno de aquellos volúmenes de los que constantemente le hablaba y que él desconocía.

Don Alvaro le dejó varios volúmenes, escogiéndolos cuidadosamente en sus estanterías, y el padre Luis los iba recogiendo, preguntando, a cada uno de ellos:

—¿Prohibido?

—¿Qué más le da, si le ha auto-

rizado ya el señor obispo a leer libros malos? — recalcó don Alvaro, burlándose un tanto de las precauciones tomadas por el coadjutor para entregarse a la lectura de aquellas filosofías.

—No se ría usted, don Alvaro, porque en realidad son libros malos, puesto que ciegan la fe de un alma... Pero yo he de conseguir que usted crea en la verdad revelada.

—¿De cuál revelación?—preguntó don Alvaro, siempre irónico.

—De la única verdadera — afirmó el padre Luis en tono noble y digno.

—¿Y en qué se funda usted para creer que la suya es la verdadera y no las otras?

—En que sólo ella llena todas las aspiraciones de nuestro sentimiento y nuestra razón... En fin, por ahora tengo bastante lectura... ¡Adiós, señor Montesinos... y muchas gracias!

Encerróse el padre Luis en su habitación y se dedicó a leer, estudiándolos minuciosamente, aquellos libros. Había en ellos todo el veneno que puede contener una sabiduría mal encauzada y comprendía cuanto daño habían hecho en el mundo aquellas doctrinas sabiamente explicadas, que arrastraban a hombres de ciencia por derroteros que les apartaban por completo del

recto camino de la Verdad única e inconfundible, la Verdad predicada en el Evangelio con la sencilla belleza de la palabra de Cristo.

Leía el padre Luis teniendo siempre ante él la imagen del Crucificado, al que invocaba frecuentemente : y buscaba en sus libros santos las palabras de consuelo y confortación necesarias para huir de las herejías que iban desfilando ante sus ojos.

"En verdad os digo que el mundo y los hombres pasarán, pero mis palabras no pasarán jamás", decía el Evangelio. Y más lejos decía: "Yo soy el camino, la Verdad y la Vida".

El padre Luis seguía leyendo los libros que don Alvaro había puesto en sus manos, pero las palabras de Jesucristo resonaban cada vez con más fuerza en sus oídos, ayudándole a huir de todo aquel fárrago de falsedades y diabólicas maniobras.

Mediaba la noche cuando se levantó del sillón, decidido a poner término a aquello que no podía ser más que obra del demonio. ¡No podía seguir leyendo aquello! Palpitaba en aquellos libros toda la ciencia del mal y no era bueno dejarse envolver por ella. Rezó unos momentos ante el Crucifijo y luego bajó al patio de la casa parroquial,

hizo un montón con todos aquellos volúmenes y les prendió fuego, esperando ver cómo la hoguera purificaba todas aquellas palabras que envenenaban a la humanidad.

Asomóse a la ventana de su cuarto el padre Miguel, asustado por el resplandor de las llamas, y gritó, medio sofociento, medio malhumorado:

—¡Pero padre, por Dios! ¿Qué hace usted ahí? ¿A qué viene esa fogata?

—Son libros que... por evitar que caigan en malas manos...—explicó el padre Luis.

—¡Ah, vamos! Creí que se quemaba la cosecha de heno... Los papeles se queman, pero el veneno que tienen, no...—añadió moviendo la cabeza, caviloso, porque a él no le gustaba que el padre Luis tuviera tanto trato con el incrédulo de Montesinos.

El padre Luis no volvió a leer ni un solo libro más de los que figuraban en la biblioteca de casa de don Alvaro. Sus libros debían ser siempre libros sagrados, libros que no le apartaran, ni por un instante, de la Verdad suprema en la que él creía y en la que debía hacer creer. No podía dejarse influenciar por ideas extraviadas, aunque buscara en ellas teorías para refutarlas más fundadamente. Su decisión era

irrevocable. Y la sostuvo con tesón.

Siguió, pues, ejerciendo su ministerio con toda la fe y buena voluntad que su alma inocente y buena le inspiraba y procuraba hacer todo el bien que podía en la parroquia, sin pensar ni en la maledicencia de la gente ni en la maldad descarnada de los hombres contra la que un alma casta tenía forzosamente que chocar.

Marta Osuna era la que constantemente se presentaba ante él con una u otra excusa, pero el padre Luis no veía en ella más que a una de las muchísimas feligresas que acudían a pedir su consejo o a implorar su socorro.

Una tarde Marta llegó muy nerviosa a la sacristía y pidió con insistencia hablar con el padre Luis. Este acudió a la llamada, vistiéndose el roquete y la estola morada y le preguntó:

—¿Necesita confesarse?—mientras iniciaba ya la marcha hacia el confesonario.

—No, no, no es eso...—atajó Obdulia, deteniéndole—. Quiero decirle algo que... Claro que se lo hubiera podido decir en la confesión, pero cuando llegué ya no estaba usted en el confesonario y yo...

—Usted dirá de qué se trata. Siéntese—dijo el padre Luis, correcto, pero no afectuoso, porque

le disgustaban las constantes visitas de aquella feligresa demasiado exaltada para ser sincera en sus palabras.

—He tomado una decisión fundamental en mi vida, padre. Estoy dispuesta a dejar el mundo y consagrarme al servicio de Dios por entero, entrando en un convento.

—No puede usted darme noticia más grata... Me alegro de que haya decidido abrazar la vida monástica, tan de acuerdo con sus inclinaciones. Y... ¿cómo lo tuvo tan callado?

—Es algo tan íntimo—balbució Marta, turbada y modesta—, que no quise decir nada a nadie... Si lo hago hoy es por pedir su consentimiento.

—Se lo concedo ampliamente. Un anhelo tan vivo de penitencia y sacrificio se hallará mejor entre los muros del monasterio que en medio de las impurezas de la vida.

—Además—siguió diciendo Marta, cada vez más vacilante y nerviosa—, temo que tropiece con dificultades... Tal vez necesite su ayuda para apoyar mi vocación.

—¿Y qué inconvenientes pueden ser esos?—inquirió el padre Luis, sin dar mayor importancia a las palabras excitadas de la joven.

—Quizá no son más que aprensiones mías... o pueda vencerlas

yo... Pero, si necesito de su ayuda... ¿contaré con ella?

—¿Y cómo no, si se trata de una cosa tan santa y tan digna?—replicó el sacerdote, poniéndose en pie y dando por terminada aquella conversación.

Cuando Marta iba ya a marcharse, entró el sacristán, entregando al padre Luis un sobre:

—Doña Eloísa me ha dado esto para usted, padre. Dice que le ha cambiado las cintas.

—Sí, se lo di yo mismo para que lo arreglara. Este escapulario estaba muy deteriorado—comentó el padre Luis, sacando del sobre un escapulario que contempló y besó con respeto.

Marta, con aquella inconsciencia y frivolidad con que todo lo trataba, se precipitó a pedir:

—¿Me lo da usted, padre?... Se lo llevaré a una enferma que visito y que tiene mucha devoción a ese escapulario... a esa Virgen, quiero decir... Aquí no es fácil encontrarlos...

—Si ha de servir de consuelo a un enfermo... —dijo el coadjutor, entregando el escapulario a Marta.

—Gracias, padre... Yo misma lo pondré en la cabecera de su cama—dijo la joven, con los ojos brillantes de contento, llevándose en-

tre sus manos aquella dádiva que la hacía dichosa.

No dió importancia el padre Luis a aquella cuestión y, terminando de recoger sus ornamentos, volvió a la casa parroquial, más preocupado en sus propios asuntos que en los de aquella señorita que a todas horas le atosigaba y le buscaba para consultarle cosas pueriles y sin trascendencia.

Se encerró en su cuarto y se puso a rezar sus oraciones, cuando subió a llamarle Josefa, con aire misterioso:

—Padre Luis... Una señora está abajo preguntando por usted. Dice que necesita hablarle en seguida.

—¿Una señora?—preguntó el padre Luis un poco contrariado—. ¿No será otra vez la señorita Marta?

—No, señor, no es ésa...—rezongó Josefa, que estaba ya un poco cansada de las visitas de aquella señorita, a la que ella calificaba de histérica y sin sustancia—. Esta es más elegante.

—Dígale que ahora bajo.

—¿Qué pasa, Josefa?—preguntó el padre Miguel, saliendo de su habitación.

—Nada, padre. Decía al padre Luis que abajo hay una señora que quiere hablar con él.

—¡Mujeres!... —gruñó el padre

Miguel con profundo desprecio—. ¡Ninguna es capaz de hacer nada con sentido! ¿Quién es?—añadió, dirigiéndose al padre Luis.

—No sé... Podemos bajar los dos y ver de qué se trata.

Bajaron los dos sacerdotes. Abajo una señora elegantísima, de muy buena figura y guapa todavía, aunque ya no era extremadamente joven, esperaba en actitud un poco nerviosa y excitada.

—¿Qué desea, señora?—inquirió el padre Luis, saludándola con una leve inclinación de cabeza.

—Quería hablar... con el padre Luis... a solas...—murmuró la forastera, mirando al párroco nerviosamente.

—El padre Luis soy yo... pero puede hablar con toda libertad. El padre Miguel es el párroco de esta villa y a él corresponde realmente el cuidado de sus fieles.

—Sin embargo... son cosas reservadas—añadió la dama, que temblaba ligeramente como si algo la atormentara de un modo cruel.

—No se apure, señora... ya me voy... ¡Ya me voy!—exclamó el padre Miguel ya sin poder contenerse y con su natural y simpática brusquedad—. ¡Pues no se trae poco con tapujos la forastera!—añadió, mientras subía de nuevo a su habitación.

—Usted dirá—murmuró el coadjutor, cuando estuvieron solos.

La desconocida avanzó hasta él, cayó de rodillas a sus pies y rompió a llorar desconsoladamente.

—¡Señora, por Dios, levántese usted! ¿En qué puedo servirla?—preguntó el padre Luis, ayudándola a levantarse y ofreciéndole un asiento.

La desconocida se reportó, secó sus lágrimas y dijo, con una voz que quería ser firme pero que temblaba en sus labios:

—Soy la esposa de Alvaro Montasinos... Me han dicho en la fonda que es usted la única persona que visita a mi marido... y yo le suplico, por lo más sagrado... que intervenga para que cese nuestra separación... Confieso que no he sido buena con él—dijo la dama, haciendo un esfuerzo sobre sí misma y procurando contener su creciente nerviosismo.

—Conozco su historia... El mismo me la contó—replicó el padre Luis con tristeza.

—Fue un momento de obcecación... Una tentación horrible... ¡Pero yo siempre le he querido! ¡Y le quiero!... Yo me humillaré, le pediré perdón de rodillas...

—Señora —dijo el padre Luis lentamente, pesando sus palabras y lleno de conmiseración ante aque-

lla pobre mujer que sufría—, ya puede usted comprender la satisfacción que yo tendría en unir un matrimonio disuelto... pero este caso es muy delicado... Aparte de la ofensa gravísima que usted ha inferido a su esposo, hay otra dificultad mayor... y es que su marido no está dentro de la iglesia católica, y no tengo sobre él otra influencia que la de la amistad.

—Sí, sí, mi marido ha sido siempre un ateo, un impío...—afirmó la forastera con una intención que disgustó al padre Luis, quien la miró, serio y concentrado, y replicó:

—Señora... de poco sirve creer cuando se obra como si no se creyera... Mañana visitaré a don Alvaro para hablar de este asunto.

—No, no... —imploró, desolada, la dama—. He de ir yo con usted, si no se negará a recibirme. Ya he estado en casa de mi marido, y ese viejo críado que tiene desde niño no me ha permitido verle... Me arrojó de la casa a empellones... ¡A empellones!—repitió, como si aquello le pareciera el más imperdonable de los crímenes.

El padre Luis titubeó unos momentos, y luego, decididamente, dijo:

—Vamos... yo la acompaño.

Se puso el manteo, tomó el som-

brero y salió a la calle caminando decidido al lado de aquella mujer llamativa, vestida con elegancia un poco estrepitosa y en la que se fijaban todas las miradas, incluso las de Marta Osuna que se cruzó con ellos y sintió el latigazo de unos celos absurdos al ver al padre Luis acompañando a aquella mujer.

Tuvo el padre Luis que vencer la resistencia del viejo criado de los Montesinos que se obstinaba en negar la entrada a la que había causado la desgracia de su señor.

—Soy yo quien tiene que ver a tu señor—dijo el padre Luis, entrando resueltamente.

La entrevista entre los dos amigos fué violentísima. Negábase Alvaro a escuchar a Joaquina, no quería recibirla, insistía en que el clérigo se la llevara inmediatamente, que nada tenía que ver con aquella mujer y que el solo conocimiento de su presencia en la casa le daba náuseas.

Al fin, y vencido por la palabra del padre Luis, Alvaro consintió en que su esposa pasara la noche en su casa para evitar mayores murmuraciones en el pueblo; pero afirmó que no quería verla y que exigía que a la mañana siguiente saliera en el primer tren.

Cuando el padre Luis se hubo

retirado, Alvaro llamó a su viejo criado y le dijo:

—Ramiro, di a la cocinera que prepare la cena para la señora, hazla pasar al salón y enciende todas las luces; ilumina el comedor; pon la vajilla fina, arregla el gabinete y saca la ropa mejor para ponerla en la cama... ¡Que no falte absolutamente nada!

Y ante la expresión de asombro del criado y las palabras que pronunció lleno de extrañeza, añadió:

—¡Cállate y haz inmediatamente lo que te mando!

Quedóse el encerrado en su despacho, sumido en sus cavilaciones, hondamente conmovido por la presencia de aquella mujer, que había sido el gran amor de su vida y que había aniquilado su existencia totalmente al huir del hogar dejándole abandonado a sus propias fuerzas.

No pudo cenar, ni siquiera se acostó. Esperó a que todo en la casa fuera silencio y entonces, convencido de que ya los criados se habían retirado, salió cautelosamente, cruzó el pasillo, se quitó las botas para no hacer ruido y llegó hasta la habitación que había sido la habitación matrimonial y en la que dormía Joaquina, arrepentida, Joaquina que había vuelto a pedirle perdón, Joaquina que reclamaba de

nuevo un puesto en aquel hogar tan desolado y triste desde que ella desertó.

Llamó quedamente con los nudillos y sin esperar respuesta abrió la puerta y entró llamando dulcemente:

—Joaquina...

—¿Quién es?—preguntó la dama sobresaltada, incorporándose en la cama rápidamente.

—No te asustes... Soy yo... Sé que has venido a hacer las paces conmigo... ¡Está bien! Comenzaremos una vida nueva—dijo Alvaro, acercándose al lecho, amoroso, emocionado, volviendo a sentir en su corazón todo aquel amor que tanto le hacía sufrir, aquel amor que no había podido arrancar de su alma y que le consumía lentamente—. Hice esfuerzos sobrehumanos para olvidarte, pero fueron inútiles—añadió, fijando en ella sus ojos brillantes de deseo—. Estás metida a hierro y fuego en mi pecho. ¡Has sido mi único amor en este mundo! ¿Por qué me retiras tu mano?—preguntó, dolido, al ver el gesto de ella cuando intentó apoderarse de una de sus manos para besarla rendido—. ¿No has venido a reconciliarte conmigo? ¿Volverás a ser mi esposa?

Joaquina le había escuchado procurando dominar su repugnancia y

su antipatía hacia aquel hombre del que se sentía moral y físicamente alejada para siempre, pero cuando se dió cuenta de que intentaba abrazarla, se rebeló:

—No, Alvaro, ahora no... ¡Déjame! — y conteniéndose, cambió el tono altanero de su voz y añadió, con mayor dulzura—: Estoy muy cansada... ¡Déjame hasta mañana!...

—¿Por qué no? ¿No quieres que seamos felices otra vez?—insistió él, queriendo abrazarla de nuevo y cogiéndola entre sus brazos con toda la fuerza de su amor.

—¡Te he dicho que no quiero! ¡Que no quiero! — gritó ella, iracunda, reaccionando violenta, no pudiendo ocultar ya más ni su asco ni su odio—. ¡Si vuelves a tocarme me marcho como estoy por esas calles! ¡Vete!... ¡Vete!...

Retrocedió, asustado, el de Montesinos. Más que asustado, dolido de aquella visión horrible del odio de su mujer. Y salió corriendo como un loco, como un poseído del demonio. Subió las escaleras a tientas, tropezando, y fué a encerrarse en su despacho donde se dejó caer, anonadado, sombrío, vencido por la vida, sobre una butaca colocada al pie de la ventana.

Así le encontró a la mañana siguiente Ramiro cuando subió para servirle el desayuno. Estaba don

Alvaro aterido. El viento del amanecer había esparcido sus papeles en todas direcciones y la habitación ofrecía un aspecto desolado, tan desolado como el alma del de Montesinos.

—¡Ya sabía yo que nada bueno se podía esperar de esa...!—rezo-

gó, mientras cerraba la ventana precipitadamente, para evitar que su amo cogiera más frío todavía.

—¿Y... ella?—inquirió don Alvaro, con un tenue hilillo de voz.

—Se fué al amanecer con su doncella sin decir una palabra. Ha tomado la diligencia de Lancia,



— *yo cogí la manzana porque éste tenía hambre...*



— *Padre, el día que quiera hacer caridad,
avise con tiempo.*



*Era una muchacha muy bella, vestida
con elegante sencillez.*



Se sorprendió don Alvaro de la visita.



*—Padre, he de acusarme de una discusión
con mi padre.*



Don Alvaro le dejó varios volúmenes.



*Leía el padre Luis teniendo siempre ante él
la imagen del Crucificado.*



*Tuvo el padre Luis que vencer la resistencia
del viejo criado.*



—¿Has sido mi único amor en este mundo?



*—El padre Luis nada sabe de esta pena
que yo he dado.*



El padre Luis entregóse a la lectura de su breviario.



*Íban ouu ellax dos caballeros que les miraron
insistentemente.*



*...amonestado por el peso de la acusación
que caía sobre él...*



—Soy inocente del crimen que se me imputa.



El padre Miguel decidió ir a visitar a Marta.



...y vió con asombro, casi con horror, que era Marta.

* * *

Volvía de la iglesia el padre Luis cuando vió un gran tumulto de gentes que comentaban algo con mucho apasionamiento.

—¿Qué ocurre? ¿Qué ha pasado?—preguntó el coadjutor, extrañado de la expresión de angustia y dolor que había en todos los rostros.

—No sabemos lo que ha pasado... Hemos oído unos tiros... y gritar a la señora Josefa... Y han sacado a un hombre herido... o muerto...—explicó un viejo.

—¡Dios mío!—exclamó el padre Luis, horrorizado, abriéndose paso entre la multitud y entrando en la casa parroquial con toda la prisa que su angustia le daba.

Sentado en unos peldaños estaba el padre Miguel en actitud anónada. Su rostro chorreaba sangre y en sus ojos había aún la luz del espanto y del horror.

—¿Qué ha pasado? ¿Qué ocurre, señora Josefa?—preguntó el coadjutor, sin comprender nada. Y viendo los dos pistolones a los pies del

padre Miguel, añadió, con una pena honda y sombría:

—¿Ha sido usted, padre Miguel?

—Era un ladrón...—replicó el pobre padre Miguel, asintiendo con la cabeza—. Le sorprendí desvalijando la mesa de mi cuarto... Me atacó... ¡Por un momento creí que me mataba! Pero pude llegar hasta mi cama, coger las pistolas y...

—Fue en legítima defensa, padre—explicó Josefa, que estaba trastornadísima—. ¡Yo lo vi! ¡Y no sé cómo no le mató a él de un navajazo!

—¿Está usted herido, padre?—preguntó el padre Luis con tierna solicitud.

—No es nada... ¡Lo que yo hice sí que es horrible!—exclamó el desdichado, llorando como un niño. Toda su fortaleza se había derrumbado; toda su bravura se había desvanecido; ya no era más que un pobre ser indefenso que se siente culpable y que cree que ya jamás podrá lavar su culpa.

Digno, sencillo, austero, pero

con una infinita piedad en su voz, el padre Luis dijo:

—Sí, padre, es horrible... Un sacerdote está obligado a tener caridad hasta con sus enemigos... Era preferible dejarse robar... dejarse matar... ¡todo antes que manchar de sangre manos que están consagradas! Cristo murió en la Cruz inocente, y no se defendió... ¡Ese es el único ejemplo que nosotros podemos imitar!

Se levantó el padre Miguel penosamente, dió unos pasos hacia su coadjutor y cayó de rodillas vollozando sin consuelo, mientras sus labios exclamaban, en una voz queda que casi era una oración:

—¡Perdón!... ¡Perdón!... Señor, destarga sobre mí Tu justicia, castígame porque fui indigno de Ti... Yo, como Caín, no sé darte cuenta de lo que hice con la vida de mi hermano... ¡Mándame tu castigo, Señor!

Por aquel hecho fué el padre Miguel privado de la jurisdicción de su parroquia y tuvo que abandonar el pueblo para ir a confinarse donde Su Ilustrísima el señor obispo le ordenara, después de haberle absuelto de su pecado.

Recogió sus escasos enseres y dió una mirada de despedida a todo cuanto le había rodeado hasta

entonces y que formaba parte de su vida.

—Creo que no me dejó nada... Pocas cosas necesito ya. Con el Breviario me basta, y será, en adelante, de lo que más necesitaré.

—¿Puedo ayudarle en algo?—preguntó el padre Luis que sentía una infinita piedad hacia aquel desdichado que parecía un pájaro sin alas bajo la pesadumbre de su remordimiento.

—Gracias... ya estoy terminando... ¿Leyó usted la comunicación de Su Ilustrísima?

—Sí... y esté tranquilo. La ley de los hombres no encontrará culpa en usted. Y el señor obispo obra prudentemente al mandarle a un lugar apartado a hacer penitencia...

—No lo merezco... ¡Debería ser castigado aquí mismo, entre mis feligreses, para que mi humillación fuera mayor!... ¡No merezco la bondad de Su Ilustrísima!—exclamó el pobre padre Miguel al que todo parecía poco para expiar su culpa.

Convinieron en que Josefa seguiría cuidando de la casa parroquial, si ella no oponía reparos, y los dos sacerdotes se despidieron hondamente emocionados, porque los dos se habían compenetrado en su ministerio y sentían un sincero afecto mutuo que les ayudaba y consolaba

en los tropiezos cotidianos del cuidado de la parroquia.

El padre Luis, como todas las tardes, se encaminó a casa del de Montesinos, con el que solía charlar un par de horas, distrayéndole de su soledad y ayudándole a soportar con mayor fortaleza los duros golpes que la vida había descargado sobre él.

—¿Qué tal? ¿Cómo nos encontramos hoy?—le preguntó, estrechándole la mano cordialmente, mientras se sentaba ya sin cumplidos en la silla que sabía le estaba destinada.

—Mal... Esta máquina está cada vez más oxidada. Nunca tuve buena salud, pero me parece adivinar el fin... Mucho catarro es este que me quita la vida—murmuró don Alvaro con tristeza—. Ya no puedo ni leer...

—Si eso le distrae yo me ofrezco a leerle lo que le interesa—ofreció el padre Luis.

Don Alvaro sonrió y asintió. Indicóle en qué estantería se hallaba el libro que le interesaba y el sacerdote lo tomó y comenzó a leer en voz alta una de aquellas extrañas filosofías que apasionaban al de Montesinos.

Impresionado por la lectura, absorto en sus pensamientos, encomendando a Dios el trabajo de la

salvación del alma de don Alvaro, tan difícil de atraer al buen camino, llegó el padre Luis a la casa parroquial, tarde, casi ya pasada la hora de la cena.

Le recibió la señora Josefa, que ya le estaba esperando, con cierta angustia y con la ansiedad natural de la que sabe que las horas son siempre exactas y que un minuto de retraso puede ser un minuto de mal agüero:

—¡Gracias a Dios que ha llegado usted, padre! ¡Temía que algo malo le hubiera pasado!

—No... Me entretuve demasiado al lado de don Alvaro. Le distrae que le lea en voz alta y en la lectura se fueron las horas sin darme cuenta. ¿Ha venido alguien?

—Sí... vinieron unos sacerdotes y dijeron que eran familiares del señor obispo. Pero ya se volvieron a Lancia, porque no podían esperar más.

—¿Qué contrariedad! —exclamó el padre Luis—. ¿Y no dijeron qué buscaban?

—Era para tratar de la colocación de la primera piedra de la iglesia nueva. Hablaron con el señor alcalde, porque va a haber mucha fiesta... ¡En fin! ¿Qué voy a decirle que usted no sepa ya?

—Por lo menos de lo de hoy no

se nada — replicó el padre Luis, sonriendo dulcemente.

— ¡Es lástima! Porque si tenemos iglesia nueva es por usted. ¡Lo que ha luchado por conseguirlo! — exclamó Josefa, que sentía una profunda admiración por el padre.

— No saque las cosas de su quicio... Yo no he hecho más que...

— ¡Todo! — interrumpió la buena mujer—. ¡Y hasta va a venir el señor obispo! En casa de doña Eloísa y don Martín se va a hospedar...

No pudo continuar la señora Josefa su charla, porque entró en la casa, como una tromba, sin hacer caso de la expresión de asombro de Josefa, que acudió a abrir la puerta, la señorita Marta Osuna, que se dirigió al padre Luis diciéndole con aquella su vehemencia exaltada y un poco nerviosa:

— ¿Sabe usted qué pasa, padre?

— ¿Qué? — preguntó el padre Luis, sin perder su calma y con una inagotable paciencia.

— Pues que acabo de saber que le han quitado a usted el cargo de vicario definitivo y se lo han dado a don Narciso.

— ¿Nada más que eso? — sonrió el padre Luis, burlándose un poco de la puerilidad de la exaltación de su feligresa.

— ¿Y le parece a usted poco? ¡Quitarle lo que le pertenece! ¿Qué

bién han manejado la intriga los envidiosos!

— Yo no he deseado nunca ese cargo ni he hecho nada para merecerlo — replicó el padre Luis con humilde convicción.

— Por supuesto... que yo sé bien de dónde viene todo — insistió Marta, con su ligereza en el hablar y su exaltada palabrería — ¡De doña Filomena, que es prima hermana del gobernador! Lo que me extraña es que el obispo...

— ¡Basta! — interrumpió con energía el padre Luis—. La persona que usted acaba de nombrar, entre otras muchas ventajas me lleva la de antigüedad y la del saber... Pero sobre todo... ¿a qué viene esta actitud de usted?... — inquirió, extrañado de la intromisión de la joven, a la que poco habían de importarle los asuntos de orden interior de la parroquia.

— Porque usted es un santo... sí, es usted un santo... — repitió Marta, un poco avergonzada ahora que se daba cuenta de que su visita a la casa parroquial era harto intempestiva.

— ¡Qué idea más pobre tiene de la santidad! — exclamó el padre Luis sonriendo humildemente.

Y para cambiar el tema de conversación, que le estaba molestando por lo indiscreto, preguntó:

—¿Cómo van sus obras de caridad? ¿Qué tal está aquella enferma?

—¿Qué enferma? — preguntó Marta, que se había olvidado ya de la mentira que había dicho un día, para disimular un capricho suyo.

—Aquella para quien le di mi escapulario.

—¡Ah... sí!... Pero he de confesarle una mentirilla... El escapulario... era para mí—dijo, medio vergonzosa, medio coqueta, jugando como una niña traviesa con la sorpresa del sacerdote.

—Creo, señorita, que me he equivocado mucho con respecto a usted—dijo el padre Luis con indig-

nación que apenas podía contener.

—Perdón... padre... — murmuró la joven, turbada.

—Si de algo tiene que acusarse... ya sabe dónde encontrar el tribunal de la penitencia. Buenas noches—cortó seco y digno el sacerdote, acompañándola hasta la puerta y saludando sólo con una leve inclinación de cabeza.

Josefa, que había presenciado la escena, y que tenía atascada a aquella niña bonita, cargada de caprichos y de histerismo, murmuró entre dientes, cuando la vió salir:

—¡Monja!... ¡Hummm! ¡Monja! Lo que es el convento que a ti te vea...

* * *

Fué una fiesta verdaderamente grande, hermosa, la de la colocación de la primera piedra de la iglesia nueva que iba a construirse en el pueblo. Había acudido Su Ilustrísima para dar más realce al acto y asistían las autoridades municipales y de la provincia, que presidían la ceremonia y en torno a las cuales se agolpaba la multitud venida de muchas leguas a la redonda.

El señor obispo, vestido de pontifical, fué el que bendijo la piedra y el que efectuó toda la ceremonia religiosa con una unción y un respeto que emocionaron a los presentes.

Luego fué el alcalde el que tomó la palabra para hacer un pequeño discurso. Y hasta el poeta de la localidad recitó unas poesías alegóricas, compuestas por él. Y el coro de niños de la parroquia entonó unos cánticos alusivos al acto.

Hubo también fuegos artificiales y la banda de música interpretó lo mejor de su repertorio.

Todo el día estuvo Peñascosa de fiesta, llenando la multitud sus calles y plazas, comentando con apasionamiento el éxito obtenido y la aglomeración de forasteros que habían acudido a presenciar tan significativa ceremonia.

Pronto Peñascosa contaría con un templo grande, amplio, bello, digno de la villa, que sustituiría a la iglesia vieja en la que ya casi no había lugar suficiente para albergar a todos los feligreses que a ella acudían.

El señor obispo se hospedó, como había dicho Josefa, en casa de doña Eloísa y don Martín y, después de la cena, a la que estuvieron invitados los más sobresalientes personajes del pueblo, se retiró a sus habitaciones a descansar. Era un señor entrado en años, de pelo blanquísimo y ojos extremadamente dulces, ojos acostumbrados a mirar todas las misérias humanas con la infinita piedad del que tiene una misericordia inagotable.

Fué a interrumpirle de su repo-

so un secretario particular que le anunció que una señorita deseaba hablar con Su Ilustrísima.

—Que pase—dijo el señor obispo, cerrando su breviario y esperando pacientemente a su visitante.

Entró Marta Osuna, muy respetuosa, avanzó hasta el lugar donde el señor obispo estaba sentado, hincó en tierra una rodilla y le besó el anillo.

—¿Es para un asunto de conciencia para lo que desea hablarme, hija mía?—inquirió Su Ilustrísima, mirando con mansedumbre a aquella mujer que estaba ante él.

—Sí, señor, para un asunto de la conciencia de Su Ilustrísima—contestó Marta con su inconsciencia innata.

—¿Qué quiere decir con estas palabras?—preguntó el obispo con gesto de extrañeza.

—Lo que quiero decir es que tenemos en esta villa un vicario modelo, y he sabido con dolor... hemos sabido los feligreses que en vez de dejarle como definitivo Su Ilustrísima ha dado el cargo a otra persona.

—¿Y es el vicario interino quien la envía a usted con este reproche?—preguntó el señor obispo con gravedad.

—¡Oh, no, no! El señor vicario no tiene aspiración ninguna... Nada

sabe ni nada quiero que sepa... He sido yo quien he dado este paso... acaso imprudentemente—dijo Marta, azorada por la mirada clara y serena de los ojos del señor obispo, clavados en los suyos, como si quisiera escudriñar en ellos la razón de sus palabras.

—Sin acaso... sin acaso...—afirmó Su Ilustrísima con una dulce severidad—La Santa Iglesia tiene sus ministros encargados de velar por ella. Yo, aunque indigno, soy uno de ellos. Y no he aprendido en ningún decretal ni en los Santos Padres, que los prelados tuviésemos que dar cuenta de nuestros actos a las niñas como usted... Escuche, hija mía... Los cargos de la Iglesia Católica no son empleos codiciados; no se buscan, sino que se aceptan con humildad y resignación. Si no he dado el cargo de vicario a la persona por quien usted se interesa, esa persona debe agradecerme, pues la he librado de muchas y terribles responsabilidades que dificultarían su salvación eterna.

—El padre Luis nada sabe de este paso que yo he dado.—murmuró Marta, insistiendo, porque ahora comprendía todo el daño que había hecho al coadjutor.

—¿Pero no comprende, hija mía, que al dar este paso se compromete usted, y, lo que es peor, compro-

mete a un inocente?—reprendió el señor obispo con firmeza y bondad.

—¡Virgen santa!—exclamó la joven, postrándose de hinojos a los pies del señor obispo, en un arranque de arrepentimiento—. ¿Qué he hecho? Comprendo que he sido una loca, que tratando de hacer bien he hecho un mal muy grande...

—Soséguese, hija mía—consoló el señor obispo, como si estuviera en el confesionario—. Yo no puedo sentir prevención contra nadie. Que la Virgen Santísima la proteja y rece usted una Salve por mí... Dios se lo pagará.

En aquellos mismos momentos en que Marta había cometido una de sus grandes imprudencias, el padre Luis, que andaba por la calle mezclado entre su pueblo que cantaba regocijado en aquel día de gran fiesta para todos, oyó la voz de la señora Jostía que le llamaba insistentemente, buscándolo en medio de la multitud:

—¡Padre Luis!... ¡Padre Luis!...

—¿Qué pasa, mujer?

—¡Que vaya usted a casa de don Alvaro! Han venido a decir que se está muriendo!

—Si le he visto esta misma tarde...—murmuró el padre Luis, impresionado.

—Le ha dado un ataque... Rami-

ro me ha dicho que está moribundo...

—Vamos ahora mismo—replicó el padre Luis, decidido, encaminándose rápidamente hacia el caserón de los Montesinos.

Le abrió el virgo criado que, con la cara desencajada y los ojos llenos de lágrimas, sólo pudo murmurar:

—Se muere, padre, se muere... ¡Y ha sido ella! ¡Ella es quien le ha matado!

El padre Luis subió rápidamente la escalera y encontró a doña Eloísa, la hermana de don Alvaro, en la antecámara. Esta le informó de que don Alvaro estaba en muy grave estado y que la causa de su ataque había sido una carta recibida de Madrid, carta que dió a leer al padre Luis y que decía así:

"Mi querido Alvaro: Acabo de saber que Joaquina ha tenido hace cinco días un niño, el cual ha sido inscrito en la parroquia y en el registro civil con tu apellido. He procurado informarme y me han dicho que tu esposa estuvo hace unos meses en Peñascosa y se hospedó en tu casa..."

—¡Qué infamia!—exclamó el padre Luis, sin poder contenerse, recordando la insistencia de aquella mujer en pasar la noche en casa de su esposo.

—Padre—le dijo doña Eloísa con la voz entrecortada por el llanto— Sólo usted puede mover ese corazón hacia Dios. ¡Sálvele, padre! ¡En usted confío para que muera cristianamente!

—Sólo Dios puede dar luz a esa conciencia apagada. Yo, desde mi pequeñez, no he logrado nada. Por última vez lo intentaré — replicó el padre Luis, anonadado por la noticia que la carta había traído.

Y entró resueltamente en la habitación del enfermo. Don Alvaro estaba ya casi sin vida. Su rostro tenía todos los estigmas de la muerte. La nariz afilada, amoratado el contorno de la boca, hundidos los ojos que tenían ya una rigidez de cristal. Su voz era como un hilo tenue, pero su cerebro raciocinaba claramente, con toda lucidez, viendo llegar la muerte con toda claridad y sin miedo, como un perfecto estoico, ya que no era la fe la que le sostenía.

—Padre... me parece que ésta será su última visita... Mi mujer acabó de completar su obra—le dijo, haciendo un gran esfuerzo para hablar—. Ya se ha descubierto el enigma de su venida aquí... Yo no he podido resistir este último golpe. No lo siento. Mi vida ha sido demasiado amarga...

—Es verdad, don Alvaro—repli-

có el padre Luis hondamente conmovido ante el dolor infinito de aquel pobre ser—. Es usted uno de los hombres más desgraciados que he conocido... Yo siento por usted una gran compasión.

La voz se quebró en la garganta del padre Luis y unas lágrimas que no pudo contener rodaron por sus mejillas. Don Alvaro tuvo aún fuerza para esbozar una sonrisa, y dijo lentamente:

—Gracias, padre... gracias por esas lágrimas...

El padre Luis abrió su breviario y comenzó a leer en él la recomendación del alma. Don Alvaro siguió atento la oración suprema; y cuando terminada la oración, el padre se disponía a marcharse, le suplicó:

—No se vaya usted... Esté aquí hasta... hasta que me muera. Ya es muy poco tiempo...

—No, no me bré, si usted lo desea, hasta que... —murmuró el padre Luis, tan conmovido que no pudo acabar su frase.

Don Alvaro le contempló con una mirada vidriosa, pero expresiva todavía, una mirada que por mucho tiempo el padre Luis había de recordar con un escalofrío extraño en sus venas, y le dijo con voz firme:

—Padre... ¡que Dios se lo pague!

—¿Dios?—repitió el padre Luis, avanzando unos pasos hasta el lecho—. ¿Pero usted cree en Dios?

—Necesito creer... porque ante mí tengo la prueba irrefutable de su existencia... Su bondad, padre. Yo no conocía del mundo más que la traición y el mal. Pero ahora que veo que el bien existe... un ser infinitamente Bueno ha tenido que crearlo. Yo quería... quiero... morir en la religión en que fui educado.

—¿Confesarse?—preguntó el padre Luis, sintiendo un gran consuelo en su alma atormentada.

—Sí... con usted... ahora mismo.

Postróse de rodillas el padre Luis junto a la cama del moribun-

do y así, como si fuera él quien se confesara, recibió la confesión de aquel impío que volvía a la Iglesia de Cristo atraído por la bondad inmensa, callada, humilde y eficaz de aquel pobre clérigo que había sabido predicar con el ejemplo de sus heroicas virtudes.

Cuando el padre Luis salió de la habitación de don Alvaro, y doña Eloisa le interrogó más con la mirada que con sus palabras, el sacerdote dijo con grave emoción:

—Don Alvaro goza del Señor... Ha muerto en gracia de Dios.

—Sólo un santo como usted podía lograr esa conversión—aseguró doña Eloisa, llorando llena de consuelo ante la admirable conversión de su hermano.

* * *

Al día siguiente, cuando Josefa estaba arreglando la casa, llamaron a la puerta, fué a abrir y su gesto se avinagró un poco. Era la señorita Marta.

—El señor cura no está en casa—dijo en un tono desabrido, porque aquella señorita no le hacía ni pizca de gracia a la buena mujer—. Está en el entierro de don Alvaro Montesinos.

—Le esperaré. Lo que tengo que decirle es muy importante—replicó Marta, entrando resueltamente y sin hacer caso de la pasiva resistencia que oponía siempre Josefa a su entrada en la casa.

—Bueno, pase... Creo que vendrá pronto, a no ser que le entretengan esas beatas que no le dejan ni a sol ni a sombra. Por lo visto no tienen nada que hacer... y claro, se dedican a dar la lata a los curas—resongó Josefa, con muy marcada intención, de lo que Marta no hizo caso alguno.

Llegó en aquel momento el pa-

dre Luis, que al ver a Marta hizo un gesto de disgusto.

—¡Ah! ¿Está usted aquí?—dijo, mostrando con el tono de su voz que no le era agradable la inasistente presencia de Marta en aquella casa.

—Tengo algo muy importante que comunicarle... Venía a hablarle de mi marcha al convento...

—¡Gracias a Dios!—exclamó Josefa, sin poder contener su satisfacción.

—Preferiría hablar más reservadamente... —murmuró Marta, lanzando a Josefa una mirada fulminante.

—Puede usted decir lo que sea... Josefa es como mi propia madre... Es mejor que hablemos delante de ella...

—Sí es así... Se trata de mi vocación, padre.

—Bien... yo hablaré con la Superiora de las Madres Agustinas, de Lancia—ofreció el padre Luis.

—No, padre. En Palencia hay un pueblo en el que hay un convento

de Carmelitas. Y la Superiora es prima mía...

—Me parece muy bien... ¿Entonces, qué inconvenientes hay?—inquirió el padre Luis, cruzando las manos y disponiéndose a escuchar con recogimiento.

—Es mi padre quien se opone... Al decírselo se puso loco, rabioso... ¡Si usted le hubiera visto! Me injurió, me golpeó, me arrojó del cuarto a empujones...

—¿Qué exagerado es su padre de usted! —comentó Josefa, que no creía gran cosa en todo aquello que estaba contando Marta.

—Yo hablaré con su padre y le haré comprender que no tiene derecho a violentar así su vocación—ofreció el padre Luis.

—¡Por Dios, no lo haga! ¡Le arrojará de casa! ¡Dijo que todo era una invención de usted! ¡Que usted tenía toda la culpa! ¡Si yo pudiera mostrarle las huellas de los golpes que me ha dado!—dijo Marta, con grandes deseos de mostrarlas— En una ocasión, padre, me prometió usted ayuda. Acompáneme al convento de Palencia. Si no lo hace, me escaparé de casa—amenazó Marta, que quería lograr su capricho, fuese a costa de lo que fuese.

—El caso es muy grave. Ayudar

le... Hay en todo esto algo que... no sé... me preocupa...—dijo el padre Luis, indeciso, no sabiendo qué partido tomar—. Por lo menos hay que estudiar el caso con calma y sufrir con resignación... Yo preveniré a su padre...

—Y daría un paso inútil... Si no me ayuda, padre, me escaparé de casa y me iré sola—amenazó Marta, obstinada.

—Yo no apruebo esta determinación... pues el escándalo sería peor. La acompañaré —ofreció el padre Luis, decidiéndose.

—Gracias, padre. Yo ya lo tengo todo pensado. Usted puede ir a Lancia a buscar un coche, vuelve con él y en ese coche podemos ir a tomar el tren a una estación más allá de Lancia, para despistar a mi padre si me busca.

—¿Y cuándo llegaremos a Palencia?

—Anochecido. Yo puedo ya dormir en el Convento. Al día siguiente puede usted estar aquí. Y no le entretengo más, padre. ¡Adiós!

Marchó Marta entusiasmada con el éxito obtenido y se quedó el padre Luis muy preocupado por todo aquello que le parecía hábil extraño y que había aceptado acaso con irreflexión precipitada.

—¿Sabe usted que yo también le he tomado aprensión al viajecito?

—dijo Josefa, al ver la preocupación del coadjutor.

—Ese padre tan obstinado... Las violencias de que la hace objeto... Y, sobre todo, se trata del bien de un alma... quizá de su destino eterno—comentó el padre Luis, como si quisiera convencerse a sí mismo.

—Padre—arguyó Josefa, con su ruda franqueza—, con tal de quitarse de encima a esa pesada, más pesada que las moscas, lo mejor es pasar por todo.

—No sé... Dios me ilumine. Prepárame un equipaje pequeño para ir mañana a Lancia.

Se hizo todo como Marta había dicho. El padre Luis fué a Lancia en busca de un coche, volvió con él hasta el lugar determinado de antemano con Marta y subió ésta para seguir el viaje hasta una estación más allá de Lancia, con el único objeto de despertar a su padre si éste la seguía.

El cochero y el postillón miraron con extrañeza a la joven que cubría con el clérigo, hiciéronse entre ellos un guiño expresivo y espolearon a los caballos mientras se encogían de hombros como diciendo: Allí ellos..."

Marcharon en coche muchas horas. No estaba la estación tan próxima como había dicho Marta. El padre Luis iba absorto en sus rezos

y en sus pensamientos, pero la joven le miraba constantemente y a cada momento le dirigía preguntas que distraían su atención.

Comenzaba a clarear cuando le ofreció alimento que llevaba en una cestita.

—Padre, está usted muy pensativo... Usted tiene hambre. No lo niegue. Y el hambre nos hace pensar siempre en cosas tristes.

—¿Qué imaginación tiene usted! —replicó el padre Luis, que se encontraba violento.

—Yo tengo que verle a usted con cara alegre, si no me contagia su tristeza. Voy a poner la mesa —dijo, desdoblado una servilleta y colocándola sobre las rodillas del sacerdote—. Me parece que no habrá necesidad de que saque los tenedores. Comeremos con los dedos. Yo le quitaré las espinas de este pedazo de mero. Ya verá cómo está así mucho más rico... ¿Qué tonta soy! ¿Verdad?—exclamó ante la seriedad más marcada del sacerdote.

—Tonta, no; demasiado ligera, sí—replicó el padre Luis con austera dureza.

En la estación donde tuvieron que esperar el tren llamaron poderosamente la atención. Los mozos, el jefe de estación, su esposa, los viajeros que, como ellos, esperaban el paso del correo, todos les mira-

ban, cuchicheaban, sonreían maliciosamente y hacían gestos de sorpresa unos, de indignación otros y de bellaquería los más ruines.

El padre Luis entregóse a la lectura de su breviario, procurando abstraerse de cuanto le rodeaba, olvidándose incluso de que viajaba con una mujer bonita, elegante, joven y llamativa.

También en el compartimiento del tren llamaron la atención. Iban con ellos dos caballeros que les miraron insistentemente y comentaron en voz baja:

—Deben ser hermanos.

Pero luego de un rato de silencio, Marta, que no podía permanecer callada, se dirigió al padre Luis y le pidió:

—¿Me hace usted el favor de alcanzarme el bolso?

—Con mucho gusto—replicó el padre Luis, dándole lo que le pedía, sin alzar casi los ojos de su libro de oración.

Los dos caballeros se volvieron a mirar extrañados y comentaron:

—Pues no son hermanos...

En León se apearon los dos caballeros y quedaron solos en el compartimiento Marta y el padre Luis. Este se sentía cada vez más violento y contrariado y se daba cuenta de qué había sido débil al acceder en aquel viaje que podía

traer muy funestas consecuencias.

Marta le hablaba constantemente, le decía cosas imprudentes, se movía sin cesar en el vagón, mirando por la ventanilla y volviendo a su asiento, como si estuviera muy nerviosa o sintiera grandes deseos de jugar y reír. Pero el padre Luis permanecía serio y se mantenía en un discreto mutismo, contestando sólo con monosílabos a lo que la muchacha le decía.

Llegaron muy tarde, casi mediada la noche, a Palencia, y tuvieron que hospedarse en la posada.

—Estaré preparado para salir mañana, temprano, hacia el Convento—dijo el padre Luis a Marta, antes de que ésta se retirara a la habitación que los posaderos le habían destinado—. Mañana por la mañana ha de ingresar usted en él.

—Así lo haré, padre. Muy buenas noches.

Dió luego las órdenes precisas para que todo estuviera dispuesto para el día siguiente, a las siete, y se retiró él mismo a descansar.

A la mañana siguiente fué a celebrar a la iglesia más cercana la misa del alba y cuando volvió a la posada salió a recibirle la posadera, gritando desolada:

—¡Padre, venga, venga! ¡A la señorita le ha dado como un ataque!

¡Está casi sin conocimiento! ¡Venga, padre!

—Voy con usted—replicó el padre Luis, subiendo precipitadamente.

Al entrar en la habitación, Marta ya se había levantado del suelo y estaba tumbada en una butaca, en actitud muy estudiada.

—¿Se ha levantado ya?—inquirió la posadera, con extrañeza.

—Estoy un poco mejor—replicó Marta—. Hágame una tacita de tila, por favor — suplicó, deseando quedarse a solas con el padre Luis.

—¿Qué le ha sucedido? ¿Quiere que llamemos a un médico?—preguntó con inquietud el sacerdote.

—No, no es nada... Padre, deme su mano, esa mano que me ha abuelto tantas veces y que no podrá sacarme del abismo en que he caído — dijo Marta, sollozando e intentando apoderarse de una mano del padre Luis, para besársela.

—¿Acaso está usted arrepentida de su vocación?

—No es eso, padre. Es un secreto que me ahoga. Yo le he engañado a usted. Yo no quiero ni puedo ser la esposa de Jesús, porque sería infiel a mis juramentos. ¡Es imposible!... ¡Tengo dentro del alma un amor al que seré fiel toda mi vida! Este amor es mi delicia y mi tormento. Sin saberlo, me ha ido en-

venenando lentamente, pero lejos de aborrecerle le quiero... le adoro con toda el alma.

—Si usted lo desea, iremos a la iglesia y la escucharé en confesión—dijo el padre Luis, asustado ante la creciente exaltación de la joven.

—¡No... no..., usted ya no puede ser mi confesor! Sé que estoy condenada, pero yo le quiero a usted... ¡Te quiero! ¡Te quiero! — repitió con alocada vehemencia.

El padre Luis sintió derrumbarse ante él todo un mundo. Apartó de sí a aquella criatura, no sólo con la mirada, sino empujándola violentamente, y, con un grito de:

—¡Calle, no diga eso!—fue a salir de la habitación.

Al abrir la puerta, Marta cayó al suelo sin sentido, y en aquel mismo instante entró el señor de Osuna, acompañado de dos testigos, que pudieron comprobar que el padre Luis se inclinaba para recoger del suelo el cuerpo inerte de la muchacha.

—¡Ya cayeron los tórtolos!—exclamó con voz sardónica el señor de Osuna—. ¿Tiene usted algo que explicar, señor cura?

—Esta joven se ha desmayado porque se encuentra enferma — replicó el padre Luis con su ingenua sencillez—. Yo la he acompañado

hasta aquí a ruegos suyos, porque desea entrar en un Convento y consagrarse a Dios, a lo cual usted se opone sin razón ni derecho hasta el extremo de llegar a maltratarla...

—¡Maltratar yo a mi hija!—exclamó el de Osuna colérico e indignado—. ¡Miente usted y miente quien lo diga! ¡Yo no sabía siquiera que deseara entrar en un Convento! ¡Qué canallada!

—Señor Osuna, dispense usted, pero yo creía...—murmuró el padre Luis.

—Hoy ya lo arreglaremos en Pe-

ñascosa... ¡Ahora, lárguese! ¡Lárguese antes de que me ciegue la ira!—exclamó, y descargó sobre la mejilla del sacerdote una fuerte bofetada.

La recibió éste sin pestañear. También habían abofeteado a Cristo, el Gran Inocente. Se quedó muy pálido ante aquella inesperada conmoción, y salió en silencio, llevado sobre sí todo el peso de una acusación indigna y vil, sin adivinar bien las consecuencias nefastas que habían de acarrearle.

* * *

Revuelo levantó en Peñascosa la escapatoria de Marta con el clérigo, dándose muchas y muy torcidas interpretaciones a aquel viaje que había tenido un fin inocente y santo y que había derivado por derroteros de pecado y de escándalo.

Las que defendían ahincadamente la inocencia del padre Luis eran doña Eloísa, que conocía bien su bondad y la rectitud de su conciencia, y la señora Josefa, que sabía que el señor cura era un santo; pero todo el resto del pueblo iba echando sobre él paletadas de fango, con esa prisa con que se dan las gentes en agrandar las calumnias y dar visos de verosimilitud a los más grandes disparates.

Osuna estaba colérico y exasperado. Quería llevar a la cárcel al padre Luis y azuzaba a su hija para que confesara la verdad de lo ocurrido; es decir, la verdad que él creía. Y para ello usaba de todos los medios de violencia y crueldad que encontraba a su alcance:

—Confiesa que ese hombre te sa-

có engañada de tu casa; que el viaje fué un verdadero rapto... y que al no os llevo a encontrar, ¡quién sabe lo que habría ya pasado a estas horas!

—No es cierto — replicaba Marta, llorando copiosamente—. Fui yo quien lo engañé. Yo soy la única responsable de mi marcha. ¡No hay motivo para acusarle! ¡Y aunque lo hubiera, no lo haría! —afirmó Marta, obcecada por su amor y queriendo hacer prevalecer la verdad.

El de Osuna no pudo contenerse y abofeteó despiadadamente a su hija.

Marta dió un grito de espanto y de dolor y salió corriendo de la habitación y de la casa, encaminándose rápidamente a la casa parroquial, llamando a su puerta con repetidos y fuertes golpes.

Fuó Josefa quien le abrió y torció el gesto.

—¿Usted aquí? No sabía que usted tuviera tan poca... —se contuvo

en lo que iba a decir y corrigió—
...tan pocas cosas que hacer.

—¿Está en casa? — preguntó
Marta, con los ojos enrojecidos de
tanto llorar.

—Está... Voy a avisarle—replicó
Josefa de mala gana.

—No hay necesidad. Me ha man-
dado venir y me estará esperando.

Josefa vio cómo Marta subía la
escalera y abría la puerta del cuar-
to del padre Luis. Estaba éste sen-
tado ante su mesa de trabajo, en ac-
titud fatigada, anonadado por el
peso de la acusación que caía sobre
él.

Al ver a Marta se levantó co-
mo un autómatas, miró a la joven
con los ojos llameantes de ira, ex-
presión que se fué trocando en una
infinita tristeza; pero con firme re-
solución la cogió del brazo y la
obligó a seguirle, a bajar las esca-
leras con él y a dejarla en la calle
sin haberle dicho ni una palabra,
sin haber escuchado siquiera sus
protestas, sus exclamaciones, sus
gemidos, sus súplicas.

Cuando el padre Luis cerró la
puerta tras de la muchacha, Josefa
exclamó:

—¡Bien empleado le está! ¡Ver-
güenza debía de darle! ¡Engañar a
mi señor! ¡La monjita esa!... ¡Mala
vibora!

Aquella actitud del padre Luis

desencadenó la tormenta en el co-
razón podrido de aquella mujercita
caprichosa, frívola y ligera, acos-
tumbrada a ver satisfechos sus me-
nores deseos y a no detenerse ante
los obstáculos para conseguir lo que
se proponía.

Y llegó a su casa dispuesta a
todo; a todo lo malo. Llamó a su
padre con insistencia y resolución:

—¡Papá!... ¡Papá!... Papá, quiero
confesarme contigo. Antes no te
he dicho la verdad. La verdad es...
la que vosotros pensabais. Quise ca-
llar por no provocar un escándalo
contra la religión; pero no puedo
más. ¡No puedo más!—sollozó, des-
ahogándose en aquel sollozo que su
padre interpretó como de amargura
y que no era más que de coraje y
de rabia por el desprecio de que
había sido objeto por parte del dig-
no y santo sacerdote.

Quedóse el de Osuna desconcor-
tado ante aquella confesión espon-
tánea. Cuando se la quiso arrancar
a su hija ésta se había negado ro-
tundamente, echando sobre ella to-
do el peso de la culpa; y ahora, sin
hacer presión alguna, Marta con-
fessaba lo que él quería que fuera
verdad, lo que tenía que ser forzo-
samente la verdad, puesto que co-
mo padre no pudo pensar ni un solo
instante en toda la maldad que al-
bergaba el corazón frívolo y tris-

dor de aquella criatura de apariencia bondadosa y sumisa, pero de alma pervertida por el orgullo y el capricho.

—Cuenta, cuenta cómo pasó... — insistió el de Osuna, abrazando a su hija para consolarla.

—Yo le dije que quería irme religiosa — explicó Marta con la voz entrecortada por el llanto—. Y él se enfadó mucho. Poco después pareció más resignado; y cuando le dije que quería ir a las Agustinas de Lancia, me aconsejó ir a un Convento de Palencia, donde dijo que la priora era prima suya...

—¿Y no viste que te engañaba? — inquirió, lleno de espanto ante tamaña maldad, el señor de Osuna, sin acertar a ver que al que engañaba ahora era a él, mintiendo descaradamente y atribuyendo al santo sacerdote toda la mentira que ella había urdido para hacer caer en las redes de su maldad al que inocentemente creía en su vocación religiosa.

Marta continuó mintiendo:

—Noté que me engañaba... después... cuando ya yo me había decidido a hacer lo que él me aconsejaba. Todo el plan del viaje fué suyo. Y cuando nos sorprendiste... ¡qué vergüenza!...

Los sollozos la impidieron seguir hablando y el de Osuna, indignado

ante el atropello de que había sido víctima su hija, salió presuroso para ir a dar parte a la autoridad competente de todo cuanto acababa de explicarle la joven.

Aquella misma noche, el juez del distrito se personó en la casa parroquial. Era don Martín, el esposo de doña Eloísa, y conocían ambos tan íntimamente al padre Luis, que ni uno ni otra podían creer en que todo aquello fuera verdad, aunque los hechos eran lo suficientemente elocuentes para que toda la culpa recayera sobre aquel a quien tenían por santo.

El padre Luis le recibió atentamente. Estaba el sacerdote rezando y meditando profundamente. Sabía que lo ocurrido había de traerle graves y peligrosas consecuencias, pero no podía sospechar que la maldad humana descargará sobre él el terrible golpe que iba a recibir.

Don Martín no sabía cómo empezar el hilo de su discurso. Era muy duro lo que iba a hacer a aquella casa y por esto había ido cuando ya todo el pueblo dormía, a una hora en que no podía ser visto por nadie y en la que nadie se daría cuenta de lo que iba a hacer allí.

—Le extrañará a usted, padre, verme a estas horas—dijo don Mar-

sin, sentándose frente al padre Luis— Es natural. Usted sabe la gran amistad que nos une... pero, claro, no olvidará que además de su amigo... soy el... juez...

Estaba don Martín nervioso y excitado y le temblaba la voz en los labios, porque no se atrevía a decir a aquel hombre, a aquel santo, que iba en nombre de la Ley a detenerle. Haciendo un verdadero esfuerzo sobre sí mismo, continuó:

—Esta tarde llegó al Juzgado una denuncia... Nada. Supongo que será nada entre dos platos. Pero ya sabe usted que todas estas cosas...

—¿De qué se me acusa?—preguntó el padre Luis con calma perfecta, resplandeciendo en su rostro la inocencia y el candor.

—Al parecer... se trata de la escapatoria de la chica de Osuna... En fin, que me veo en la necesidad de detenerle a usted... Supongo que por poco tiempo. Una mera fórmula. Figúrese mi disgusto y el de Eloísa. No he querido mandar al alguacil por no asustarle... y he venido yo en persona para tranquilizarle...

—No me asusto, señor juez—replicó el padre Luis, poniéndose en pie y dispuesto ya a seguirle—. Si

usted me lo permite encenderé el quinqué para quitarme las zapatillas y ponerme los zapatos. En seguida estoy... Los curas tardamos muy poco en arreglarnos.

Hizo en breves momentos lo que decía, se adecentó luego hasta su mesa de trabajo, abrió un cajón y fué a sacar algo de él. Pero al ver el gesto expresivo de don Martín, que en aquel momento recordó lo ocurrido con el padre Miguel y los ladrones que quisieron asaltarle, sonrió un poco dolorosamente y explicó con sencillez:

—Es mi breviario... lo único que necesitaré mientras dure mi detención.

—Padre, me admira verle con esa serenidad—exclamó don Martín, emocionado y arrepentido del mal pensamiento que había cruzado como una exhalación por su mente.

Y sin añadir palabra, silenciosos y meditativos, los dos hombres salieron de la casa, después de haber encargado el padre Luis a Josefa que enviara a la mañana siguiente su maleta a Lancia, donde iba conducido por el señor juez para ser juzgado.



El proceso del padre Luis adquirió caracteres de acontecimiento. No se hablaba de otra cosa en toda la provincia y los periódicos de la localidad explicaban con minuciosos detalles todo cuanto había ocurrido; claro está, todo cuanto había ocurrido según la explicación de Marta de Osuna, tan por completo apartada de la verdad de los hechos.

El padre Luis fué encerrado en el calabozo, fué examinado por los médicos forenses para apreciar en él los estigmas físicos de la criminalidad; le fué medido el cráneo, se le interrogó minuciosamente acerca de sus antepasados, de sus enfermedades, de todo cuanto pudiera tener relación con una deformación del cerebro, y se acordó que, verdaderamente, el estudio antropométrico realizado daba un resultado positivo.

Todo lo aceptó el padre Luis con la calma más perfecta y la resignación más absoluta. Tenía el convencimiento de que Dios y él conocían

su inocencia; y esto le bastaba. El juicio de los hombres era deleznable, y aunque le declararan culpable, él se sentiría tan seguro de sí mismo como si le declaraban inocente. Su inocencia resplandecería un día. Allí, donde la verdadera virtud es premiada y donde tienen asiento la justicia y la verdad.

El día de la vista de la causa, la sala de la Audiencia rebosaba de público, un público inquieto y apasionado que quería asegurarse por su propio testimonio de la culpabilidad del que habían creído un santo. La malsana curiosidad de las masas palpitaba aquel día en el ambiente de la sala. El único que permanecía sereno, con el rosario entre sus manos, no cesando de rezar mientras duraba la declaración de los testigos, fué el propio inculpa-do, cuyo rostro tenía destellos de santidad.

Desfilaron todos los testigos de cargo: el cochero que había conducido al padre Luis y a Marta hasta la estación, el jefe de estación y

su esposa; los que estaban en la sala de espera aquella noche; los dos caballeros que habían viajado con ellos en el mismo compartimiento; el posadero y su esposa... Todos declararon contra el padre Luis. Las apariencias hacíanle aparecer culpable, y aquellas gentes, imbuídas por el ambiente que se había ido formando en torno a la causa, creían ciegamente en la culpabilidad del padre Luis.

Cuando tocó el turno a Marta de Osuna, apareció ésta vestida elegantemente, con la mirada desafiadora y resuelta, el rostro cerrado en una dura expresión y los labios en un gesto de desprecio y de venganza.

El padre Luis estrechó entre sus dedos la cruz de su rosario como si pidiera fuerza y auxilio para escuchar pacientemente todo lo que iba a oír.

—¿Jura usted decir la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad?—preguntó el juez, presentando el Evangelio a la testigo.

—Sí... juro—dijo ésta venciendo la vacilación que le produjo por un instante su falso juramento.

—¿Es cierto que ha sido usted objeto de una agresión escandalosa por arte del procesado?—interrogó el juez.

—Es cierto—replicó Marta con firmeza.

—Relate usted lo ocurrido sin separarse de la verdad.

—Me reitero en la querrela. Ya he declarado allí y en el sumario cuanto tenía que decir. La idea del viaje, la propuesta para ir a Palencia, partió de él. Él suscitó aquella escena escandalosa. Y nada más... Agradeceré al Tribunal tenga la caridad de no prolongar esta situación para mí tan desagradable... —dijo Marta, retirándose, con la venia del presidente.

El rosario había rodado más rápidamente por entre los dedos del inculpado. Aquella pública acusación hecha por la que le había comprometido abusando de su ingenua credulidad, le hería en mitad del alma; pero él aceptaba aquella herida para desagraviar al Señor por la calumnia que estaba sufriendo el más humilde de todos sus ministros.

El abogado defensor tomó la palabra e hizo un elocuente discurso, dirigiendo a Marta algunas preguntas que la desconcertaron y que ella negó rotundamente. Pero el defensor insistió en ello e hizo comparecer a la testigo Josefa Alvarez. Esta compareció, decidida y resuelta, ella sí, a decir la verdad,

toda la verdad y nada más que la verdad.

Y explicó con precisión cómo Marta había perseguido constantemente al padre Luis, y cómo había vuelto a la casa parroquial, al regreso de aquel malhadado viaje, y cómo el padre la había arrojado dignamente de la casa, poniéndola de patitas en la calle.

El padre Luis tuvo una inefable expresión de agradecimiento por aquella declaración, la única sincera, la única verdadera, la única que que caía sobre él como una lluvia benéfica y confortadora.

Pero después de Josefa declaró el señor de Osuna y nuevos cargos cayeron sobre el inculpado.

Terminado el interrogatorio de los testigos y después de haber hecho uso de la palabra la defensa y el ministerio fiscal, el señor presi-

dente de la sala se dirigió al padre Luis y le interrogó:

—¿Tiene algo que alegar el acusado?

Púsose en pie el digno sacerdote, sosteniendo en sus manos el rosario que le servía de consuelo y de fortaleza en aquellos difíciles momentos, y dijo con voz clara y humilde:

—Soy inocente del crimen que se me imputa. En las manos de Dios dejo mi sentencia. Cúmplase Su Voluntad...

El veredicto del jurado le declaró culpable. El padre Luis recibió la noticia sin inmutarse: catorce años, ocho meses y un día de reclusión menor. Dios lo había querido así y él aceptaba, sin protestas, sumiso y obediente, el mandato del Señor. Se sentía protegido por Dios y aquello era superior a todos los bienes del mundo.

* * *

Fueron a visitarle antes de que emprendiera la marcha hacia el penal donde tenía que cumplir su pena, el padre Miguel y el padre Restituto. El padre Miguel era el hombre al que el dolor ha vencido, pero conservaba su aparente fortaleza física, aunque su rostro denotaba el aniquilamiento de su alma arrependida.

—Dios se lo pague, padres—dijo el padre Luis, emocionado al ver a aquellos dos buenos amigos.

—No nos ha sido posible visitarle antes, pero nuestras oraciones nunca han dejado de acompañarle —le dijo el padre Miguel, abrazándole conmovido—. Todas eran pocas para compensarle de mi mal ejemplo. Bien sé que mi violencia tuvo la culpa de que usted se quedase solo, sin consejo... Tal vez yo hubiera evitado esa desgracia...

—¡Si vieran cuánto les agradezco su preocupación! Tranquilíscen por mí. Nosotros y El, que todo lo ve, sabemos mi inocencia—dijo el padre Luis sonriendo, como si los

quince años de presidio no le dieran miedo.

—Pero la justicia también debe pedirse en la tierra—insistió el padre Miguel.

—No llame justicia al odio desatado de los nombres. ¿Leyeron lo que los periódicos dicen de mí?... Dicen que mis facciones tienen rasgos criminales. ¡A esa conclusión les ha llevado la ciencia! Me midieron la cabeza, hicieron cálculos y dedujeron científicamente mi culpabilidad. Por eso estoy tan tranquilo. El juicio de los hombres no me importa. Por encima de todo me alienta mi Fe, esta Fe que nunca me ha faltado, aunque yo haya creído alguna vez lo contrario... cuando la verdad es que Dios me hacía el supremo beneficio de ponerla a prueba para eternizarla en mi alma.

Se despidieron estrechándose las manos con un afecto sincero.

Pero el padre Miguel no se resignaba a abandonar así a aquel a quien sabía inocente, bueno, digno,

honrado. Y decidió ir a visitar a Marta e intentar llegar a su alma para despertar en ella lo que de bueno quedara.

Le recibió la muchacha contra su voluntad, porque ya no quería volver a hablar del asunto que estaba definitivamente resuelto. Le hizo pasar a su gabinete, donde se encontraba preparando las maletas, porque ella y su padre abandonaban la ciudad, huyendo del polvo que había levantado aquel proceso, y escuchó las palabras del viejo sacerdote que defendía a su compañero con toda la vehemencia de una persona honrada que se subleva al ver condenado a un inocente.

Marta escuchaba las palabras del padre Miguel con un gesto duro en su rostro. No quería dejarse ablandar. Hubo un momento en que pareció emocionarse, en que quiso confesar la verdad, declarar la inocencia de aquel sobre quien había descargado todo el peso de su ira; pero la presencia de su padre la hizo reaccionar y volvió a la acusación pertinaz y despiadada.

El padre Miguel se alejó de aquella casa, con la cabeza baja, vencido, triste, con la misma tristeza que partió de su parroquia el día en que, por un arrebató de su genio, vivo y pendenciero, se vió destituido de su cargo.

* * *

Corría el tren a toda marcha por la campiña castellana. La noche era sombría. El cielo, encapotado desde que anocheciera, comenzó a descargar sobre la tierra una lluvia torrencial que empañaba los cristales y repiqueteaba en ellos una monótona canción.

En un compartimiento de tercera clase, destinado a ellos solos, iba una pareja de la guardia civil que conducía prisionero a su destino al padre Luis, vestido de paisano, pero con su breviario por todo equipaje, su breviario que leía atentamente, sin fijarse ni en la lluvia, que caía copiosa, ni en la marcha vertiginosa del tren, ni en la conversación que de vez en cuando sostenían los dos guardias, que en un impulso generoso le habían quitado las esposas al subir al tren.

—¡Vaya nochecita que nos toca para viajar! — exclamó uno de los guardias, frotándose las manos, porque comenzaba a sentir frío.

Luego sacó de uno de los bolsillos de su chaqueta una mugrienta

novela que se puso a leer ávidamente, con sumo interés, como si fuera algo trascendental y maravilloso.

Al llegar a determinado pasaje, soltó una carcajada y, dirigiéndose al prisionero, le dijo:

—Mire, mire qué bueno está esto.

Pero de pronto se acordó de que era un sacerdote el que iba con ellos, se puso muy serio y se volvió a apasionar por la lectura, sin leer en voz alta aquel pasaje que no era para oídos sacerdotales.

La lluvia arreciaba por momentos y el tren seguía en su veloz carrera. La tierra se iba ablandando y el terreno se hacía cada vez más pantanoso. Ninguno de los viajeros podía pensar que marchaban precipitadamente hacia una catástrofe, porque nadie imaginaba que el desprendimiento de tierras iba a ocasionarla.

De pronto se produjo el descarrilamiento. Un descarrilamiento sensacional, espantoso, en el que saltaron de la vía muchos vagones,

cayendo por un terraplén en una amalgama informe de maderos, hierros retorcidos, asientos quebrados, entre todo lo cual la gente quedaba prisionera, heridos unos, muertos otros, vivos los más; pero todo en tan terrible confusión y espanto que la noche se pobló de ayes de dolor y de gritos de angustia, mientras se oían pronunciar nombres por todas partes, llamando cada uno a los suyos, queriendo averiguar quién había salido ileso y quién había sucumbido en la espantosa catástrofe.

El padre Luis y los dos guardias no sufrieron daño alguno. Iban en el vagón de cola y fué uno de los pocos que quedaron sobre la vía. Se lanzaron los tres, cada uno por su parte, en auxilio de los heridos, y el padre Luis, recordando su ministerio, se dedicó a buscar a los más graves para prestarles el consuelo de su última bendición. Estaba seguro de que en aquellos instantes había de ser válida a los moribundos, aunque estuviera desposeído de su dignidad eclesiástica por la injusticia de los hombres.

El espectáculo era sombrío y desolador. Los gritos daban escalofríos de espanto. Los heridos, aprisionados entre los vagones, pedían auxilio. Y en la obscuridad se hacía difícil prestarles ayuda.

El padre Luis corría de un lado a otro. Logró salvar a muchos, venciendo dificultades sin fin. Estaba calado hasta los huesos, pero no se acordaba de sí mismo, sino de los que sufrían, de los que luchaban con la muerte, de los que todavía tenían esperanzas de ser salvados. Acudía a todos. Se multiplicaba. Se abría paso entre la multitud alocada y hacía un trabajo eficaz en medio de todo aquel desbarajuste en el que la presencia de ánimo parecía haber huído de todos.

Un quejido prolongado y pertinaz le llevó hacia un vagón de primera clase, completamente destrozado. Entre hierros retorcidos y maderas quebradas había aprisionado un cuerpo de mujer que alientaba aún para pedir socorro. Se precipitó allí, en medio de la oscuridad, guiado sólo por el quejido trágico de aquella garganta en agonia. Se inclinó sobre el cuerpo malherido y vió con asombro, casi con horror, que era Marta la que estaba en aquel estado lamentable y trágico.

—¡Marta! ¡Marta! — la llamó, intentando volverla a la realidad.

Abrió los ojos la desfallecida joven y se dió perfecta cuenta de que era el padre Luis quien la llamaba. Hizo un gesto de espanto y

murmuró, como si se sintiera ya condenada:

—¡No... no puede... no puede... perdonarme!

—¡Marta! ¡Marta! — gritaba al mismo tiempo otra voz de hombre, desesperada, trágicamente desesperada.

Era el señor de Osuna, que buscaba a su hija entre aquella confusión. El padre Luis se incorporó y fué en busca de él:

—¡Señor Osuna! ¡Señor Osuna! —le dijo, buscándole en las tinieblas.

—¿Usted...? —replicó el de Osuna, reconociéndole y apartándose de un empujón despectivo—. ¿Dónde está mi hija? ¿Ha visto usted a Marta? —preguntó, dejándose llevar de su angustia de padre.

—Su hija... está aquí... —balbució el padre Luis, acompañándole hasta el lugar donde Marta, muy malherida, agonizaba.

—¡Hija! ¡Hija de mi alma! ¡Hija mía! —gritó el señor de Osuna, precipitándose sobre el cuerpo de Marta—. ¡Hay que avisar en seguida a un médico!

—Ya... no hace... falta... Me muero, papá —murmuró Marta, con un débil hilo de voz.

—¡No! ¡Tú no puedes morir! —exclamó el padre, rompiendo a llorar desoladamente.

—Sí... es mi castigo—siguió diciendo Marta—. Todo fué una infamia, papá... Pide perdón al padre Luis... Dios ha querido traerlo junto a mí... al morir... para poder pedirle...

—No se canse, no se esfuerce—dijo el padre Luis, arrodillándose al lado de la agonizante—. Conozco su pecado, hija mía—siguió diciendo, como si estuviera en el confesionario—, y veo su arrepentimiento. Dios, que es la misericordia infinita, le perdona todas sus culpas. Y este pobre sacerdote sería indigno si no lo hiciese de todo corazón. *Ego te absolvo...*

Trazó en el aire la señal de la Cruz, absolviendo a la mujer que moría allí, destrozada por el choque violento de los vagones.

Marta le había mirado con sus ojos vidriosos en los que se reflejaba su infinito agradecimiento; y como si aquel agradecimiento quisiera hacerlo llegar hasta Dios, así, en aquella expresión de arrebatada gratitud, la muerte fijó en el rostro de Marta su último gesto.

El desdichado padre se arrojó, llorando, sobre el cuerpo sin vida ya de su hija única. Y el padre Luis, cumplida su misión sacerdotal, corrió en busca de nuevos heridos a quienes atender, de nuevas

almas a quienes ayudar en el momento difícil de levantar su vuelo hacia lo eterno.

—¿Dónde hay más heridos? — preguntó a unos ferroviarios que pasaban junto a él.

—En los vagones incendiados— replicaron—. No hay quién se atreva con ellos.

—Vamos allá — replicó el padre Luis, encaminándose a grandes pa-

sos hacia el lugar tenebroso de los vagones que estaban ardiendo.

Y desafiando a la muerte, ayudó a los más esforzados a sacar de entre las llamas, que le coronaban con su dramático y bello resplandor, a los viajeros que todavía alentaban y que buscaban la vida huyendo de la espantosa muerte del fuego que era como un símbolo de purificación y de Fe.

P I N

Gran éxito de

REINA SANTA

En breve:

LA DAMA DEL ARMIÑO

TITULOS EN EXISTENCIA

SEKKE "TRIUMFO" — PRECIO: 210 PTAS.

Amor inmortal, por Allan Harvey y Louis Journe.
Wister Wang en el Barrio Chino, por Boris Karloff.

PRECIO: 250 PTAS.

Baja dos banderas, por Claudette Colbert y Ronald Colman.
Carnet de baile, por Marie Bel, Harry Burr y Raima.
Corazón de niña, por Jane Withers.
La cura sin fin, por Victor Francen y Marcelle Chantal.
Suprema decisión, por Edwige Fenech.
Su nombre es los perdidos, por Margaret Lockwood, Barry Burson.
Adorable insana, por Jody Canova.
Estos que danzan amor, por Annabella y Henry Jones.
Una cura sin fin, por Sonja Henie y Don Ameche.
Cuadrado de gloria, por Libertad Lamarque.
El castillo del silencio, por Gino Cervi y Luisa Ferida.
La ley sagrada, por Michaelis Frealey y Marcelle Chantal.
Fuente al ayer, por Olive Brice y Anna Lee.
La vida de Carlos Gardel, por Hugo del Carril.
Par otro querer, por Bárbara Stanwyck y Herbert Marshall.
Los dos los desobedientes, por Aida Voli y Fanny Cluchetti.
Melodías eternas, por Gino Cervi y Conchita Montenegro.
Historia de una noche, por Sabina Olmos y Santiago Arrieta.
Lydia, por Marie Oberon.
Ruina la ilusión, por Emma Grammatico y Isa Pola.
El joven Salima, por Mickey Rooney.
El explorador perdido, por Spencer Tracy.
El marido más loco, por Myrna Loy y William Powell.
Edén de víes una vez, por Henry Fonda y Sylvia Sydney.
El loro sagrado, por Carole Lombard y James Stewart.
El orgullo de los yanquis, por Gary Cooper.
El castillo de los misterios, por Boris Karloff, Bela Lugosi y Peter Lorre.
Bola de fuego, por Gary Cooper y Bárbara Stanwyck.
Ena y su secretario, por Rosalind Russell, Fred Mac Murray.
Una gran señora, por Bárbara Stanwyck y Joe MacCrea.
El rey de los mares, por Franchot Tone.
Espejas, dulces y cafeteras, por Loretta Young, Walter Huston y Virginia Bruce.
Tues, por Tyrone Power, Loretta Young y Annabella.
Té verde en misión, por S. Helms y John Payne.
Siempre Kral, por Leslie Howard.
Recuerdos aquel día, por Claudette Colbert.
El niño de Antápolis, por Angelillo.
El hijo de Montecarlo, por Louis Hayward, Joan Bennett y George Sanders.
Esperanza mía, por David Nizan y Loretta Young.
El negro bandolero, por Nino Martini, I. Laplan.
Tarata y la diosa, por Herman Erlen.

Hasta un millón de años, por Victor Mature y Carole Landis.

La día de Carlos, por Jack Benny.
Sentido silencioso, por Randolph Scott y Kay Francis.

Un hombre invernal, por Melvyn Douglas y Juan Woodell.

Sociedad de Nueva York, por Louis Hayward.
El hombre que vendió su alma, por Simone Simon y James Craig.

Guadalquivir, por Peniston Foster.
Ha vuelto aquella mujer, por Melvyn Douglas.

Lo que piensan las mujeres, por Marie Oberon y Melvyn Douglas.

Justo el desdichado, por Laird Craig, Marie Oberon y George Sanders.

Política montada del Canadá, por Gary Cooper y Madeleine Carroll.

Se ha perdido una millonaria, por Fredric Marc y V. Bruce.

La mujer fantasma, por Joan Blondell y Roland Young.

Amor y perdición, por Tyrone Power, Loretta Young y Don Ameche.

Teladas de vidrio, por Tyrone Power y Linda Darnell.

¿Por fin se decide?, por Sonja Henie, Jack Oakie, César Romero y Carole Landis.

Alas y una plumería, por Don Ameche y Dana Andrews.

Salvación, por Charles Boyer, Charles Laughton, Edward G. Robinson, etc.

El gato y el conejo, por Ray Hope y Paulette Goddard.

El argenteo inmortal, por Henry Fonda y Maureen O'Hara.

Concierto macabro, por Laird Craig y Linda Darnell.

Vander del jazz, por George Montgomery y Ann Rutherford.

El vencedor de Napoleón, por Robert Donat y Robert Morley.

La reina de la canción, por Alice Faye, Don Ameche y Henry Fonda.

Laura, por Dana Andrews y Gene Tierney.

PRECIO: 3 PTAS.

¿Quién mató a Vicki?, por Betty Grable y Victor Mature.

La Zarina, por Anna Baxter William Bythe y Tallulah Bankhead.

Mi rubia favorita, por Madeleine Carroll y Bob Hope.

No hay tiempo para amar, por Claudette Colbert y Fred Mac Murray.

Claudia, por Dorothy Mau Guire y Roland Young.

Alma rebelde (Jane Eyre), por Orson Welles y Joan Fontaine.

La casa de la calle 21, por William Bythe.

Se sal a ti mismo, por Tyrone Power y Joan Fontaine.

Cuadrado de gloria, por Marie Oberon y Laurence Olivier.

¿Qué verde era mi valle?, por Walter Pidgeon.

Vivieron las Luces, por Tyrone Power y Myrna Loy.

El reusado, por Paul Hens, Gene Tierney y George Sinton.

El velo azul, por Gaby Morlay.

Casablanca, por Humphrey Bogart, Ingrid Bergman y Paul Henreid.

Ora, amor y sangre, por Errol Flynn.

La carga de la brigada ligera, por Errol Flynn.
El último refugio, por Humphrey Bogart e Ida Lupino.

PRECIO: 2.10 PTAS.

La canción de Bernadette, por Jennifer Jones y William Bixby.
Retorno al abismo, por B. Bogart.
Hasta que perdíais la vista, por Jorge Negrete.

PRECIO: 4 PTAS.

Tifón, por Carol Lombard.

SERIE "TRIO" (Tres argumentos juntos). —
PRECIO: 3 pes.

Los Navas del reino, por Gregory Peck.
Cita en los cielos, por Lon Mac Callister.
El espíritu Edén, por Fred Mac Murray.

Atlántico, por Tallulah Bankhead.
Cuadró continental, por John Payne y Margaret O'Hara.
El gran milagro, por Don Ameche y Loretta Young.

Año y el rey de Siam, por Irene Dunne y Rex Harrison.

El castillo de Dragoweyk, por Gene Tierney y Vincent Price.
Solo en la noche, por John Hodiak y Nancy O'Neil.

PRECIO: 2.50 PTAS.

El pecado de Henry Bennett, por Charles Boyer y Jennifer Jones.
El sueño, por Vincent Price.
Ángel y diablo, por Alice Faye y Dan Andrews.

SERIE "PRODUCCION ESPAÑOLA". —
PRECIO: 2.50 pes.

La brujana San Gulpiano, por Imperio Argentina.

La hija de Juan Simón, por Angélica, Pilar Muñoz y Carmen Amara.

El 11.000, por Juana Hernán y Rafael Durán.

Puñalada a bordo, por Lina Yegros.

Secundilla, por Alfredo Mayo.

En brazos y él, por Antonio Vico y Enrique Guitart.

Tuaca, por Imperio Argentina.

Soravia, por Alfredo Mayo.

Pimentillo, por Juana Hernán y Rafael Durán.

La doncella de la Duquesa, por Carmen Gracia y Luis Peña.

Unos países de mujer, por Lina Yegros y F. Fernández de Córdoba.

Los millones de Polidón, por Marta Santanilla, Manuel Luna y Luis Peña.

Torbellino, por Estrellita Castro.

En Excelsior el Mayordomo, por María José Simó, Luis Prevels y Michel.

Legión de honor, por Emilio Bandoval, Matilde Nachter y Rosita Alba.

El honor, por Ana Mariscal y Enrique Guitart.

Niempo Mujeres, por Ana Mariscal y Enrique Guitart.

Se la perdí un cofre, por Roberto Font.

La niña del Jock, por Juana Hernán e Ismael Merlo.

El vida en un masón, por Isabel de Pomés y Julio Peña.

Delicadamente tontos, por Amparito Rivalles y Alfredo Mayo.

Un caballero famoso, por Amparito Rivalles y Alfredo Mayo.

Campesinos, por Luchy Soto y Carlos Muñoz.
El duende de los muñecos, por Freya de Andru.

Arribada toreros, por Alfredo Mayo y Sylvia Morgan.

Con los ojos del alma, por Matilde Vázquez.

F. Fernández de Córdoba y Manuel Luna.

Edén, él y sus millores, por Juana Hernán y Rafael Durán.

Mocacaca, por Juanita Reina y Miguel Ligero.

El fantasma y doña Juanita, por Amparo Ceval y Mary Delgado.

Agenda en sol, por Juana Hernán y F. Fernández de Córdoba.

PRECIO: 2.40 PTAS.

Servicio español, por Juana Reina (con tres canciones de Quintero, León y Quiroga).

PRECIO: 4 pes.

Doblete, por Lina Yegros y Matilde Casado (con siete canciones famosas de Quintero, León y Quiroga).

Alma Santa, por Mariachi Famoso.

La Lela se va a los Puertos, por Juana Reina (con seis canciones de Quintero, León y Quiroga).

Lo se, por Amparito Rivalles y Rafael Durán.

PELICULA GRAFICA. — PRECIO: 1 pes.

EL LINEO DE LA SELVA

EL LADRON DE BAGDAD

TAREAN Y LA DIOSA

EL ALGEBRE BANDOLES

SEÑAS SINIESTRAS

EL CAPITAN CAUTELA

MARINOS A LA FUEBIA

LA QUIMERA DEL ORO

TEXAS

EL HIJO DE LA FURIA

(OUR PAR DE LOCOS)

GUADALCANAL

ESTUDIANTES EN OXFORD

EMERALDA, LA ZINGARA

HACE UN MILLON DE AROS

LA TIA DE CARLOS

JACK, EL DESTREPADOR

PRECIO: 1.50 PTAS.

EL CIELO Y TU

CIUDAD DE CONQUISTA

LA DINIA CONSTANTE

SU PROPIA REPUTACION

ARENICO POR COMPANION

SHERLOCK HOLMES DESAFIA A LA

MUERTE

LA EXTRAÑA PASAJERA

EL PILO DE LA NAVAJA

MURKIN CON LAS NOTAS PUESTAS

PUBLICACIONES VARIAS

PRECIO: 1.50 PTAS.

Cancionero de los 125 canciones y 11 ilustraciones y dibujos.

Cancionero infantil (Repertorio Alegre-Lepo).

Cancionero "González Peña". Doscientas ilustraciones.

PRECIO: 3 pes.

Cancionero "Roberto Font". Las canciones más

almas de este gran artista. Biografía. Anecdotes. Dos millones de hits. Poesía exclusiva.

Cancionero en Boga. 250 éxitos, con las canciones de Jorge Negrete.

"Solando con música". "Música para tí". "Melodías del Do-

nubio", "Los tres caballeros" y toda la moderna.

Cancionero selecto (100 éxitos modernos)
Cancionero "Estrellita y Lucero" (150 éxitos regionales), 4 pesetas.

PRECIO: 4 ptas.

Cancionero (Guitero, Lido y Quirgo) (100 éxitos más latinos y recientes canciones), 4 ptas.

Canciones y Bailes de España (repertorio de Conchita Piquer, todas las canciones de su repertorio actual).

Emociones cinematográficas de un momento (la

vida de los "extrás" en los estudios: películas y minutas de los "extrás"; los secretos del cine), 3 pesetas.

Risas de humor, por Fidelio Trimalción, 3 pesetas (Lectura hilarante. Optimista. Agradable), 5 pesetas.

Recortes de Prensa, por Antonio Losada, 230 pesetas. Los hechos mundiales más notables al día.

El hijo de Madame Butterfly, comedia de Enrique Casanova y Francisco-María Bistagne. Precio: 2.50 ptas.

Ortega, Manóvil y Arana, por Juan Jara. Numerosas fotografías. — 3 pesetas.

EDICIONES BISTAGNE

publica siempre
las mejores novelas
cinematográficas

EDICIONES BISTAGNE

Pasaje de la Paz, 10 bis — Barcelona

